

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 245



* * * * *

Respecto a los negocios
nos dice Sócrates en el Cratylus:

“Yo supongo,
Hermogenes,
que la gente
no quiere decir
por utilitario
lo ganancioso
o lo que le reditua
al comerciante,
sino que
usa la palabra
en el sentido de ligereza.
Tu estimas
lo utilitario
como lo mas ligero
que hay en la existencia,
que no permite
un alto en las cosas
ni pausa o termino
en el movimiento.
Lo ventajoso
significa
aquello
que crea e incrementa...”

* * * * *



PATROCINADORES :

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S.A.

CASA CHAPA, S.A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S.A.

DRAGNIN, S.A.

EL PINO, S.A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S.A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S.A.

HILADOS SELECTOS, S.A.

IMPRESOS REFORMA, S.A.

LA MARINA, S.A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S.A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S.A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

MEX PAPEL, S.A.

REDES, S.A.

RESINAS SINTETICAS, S.A.

RESTAURANTE JENA

ULTRAMARINOS FINOS "CHIKY"

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Miguel Malo Zozaya

COORDINACION

Daniel García Caballero

DISEÑO GRAFICO
Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquín Montezuma de Carvalho, Agustín Contin, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO AMERICANA

No. 245

SUMARIO

CARTAS DE LA COMUNIDAD	5
EDITORIAL	7
AMERICA: VOZ HEBREA, TOLTECA, VASCA Y TURCA.	
Gutierre Tibón	8
EL NOMBRE DE AMERICA. Francisco de Arce	10
LA TIERRA DEL SOL DORADO. Gutierre Tibón	11
SOBERANIA. Salvador de Madariaga	12
PAPELES DEL PRIMER IMPERIO	16
LOS RESTOS DE HERNAN CORTES. Jaime Torres Bodet	19
EN LA DEFENSA DE JAMAICA. Andrés Cavo	20
CORTES A LA LUZ DEL PSICOANALISIS.	
José H. Estrada Morales	23
LOS ARABES. Antonio Conde	24
"LA SEARILA". Antonio Cuervo y Castrillón	26
DISCORDIA SANGUINEA. Alfonso Trueba	28
PROPUESTA INESPERADA. Victoriano Salado Alvarez	29
ENTREVISTA CON GERMAN PARDO GARCIA.	31
OBRAS CONSTRUCTIVISTAS DE OSCAR MERALDI.	
Jorge Silva	39
LA VIDA COTIDIANA EN LAS MISIONES DE CALIFORNIA.	
Francis J. Weber	46
¡OH, MUJERES HISPANAS ENJAULADITAS!	
Joaquim Montezuma de Carvalho	52
PSICOANALISIS. Dionisio Nieto	55
INTRODUCCION AL CODICE VINDOBONENSIS.	
Charles Gibson	59
PARADOJAS DEL IDIOMA. Fredo Arias de la Canal	62
"LA VIDA ES SUEÑO". Angel Garma	65
LOS GRANDES POETAS DE AMERICA. Gabriela Mistral	70
POEMAS DE GERMAN PARDO GARCIA	72
"EXODO DE LAS PIEDRAS Y EL HAMBRE".	
Mauricio Fernández	76
"POEMA". Inés Hosking	78
"SOLO EL MISTERIO NOS HACE VIVIR..."	
(Ensamble Gráfico)	79
PORTADA: "QUADRIVIUM". Oscar Meraldi.	

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dlls.

cartas de la comunidad

De Buenos Aires, Argentina

Recibí dos ejemplares de la Revista Hispano-Americana que usted dirige con tanta sabiduría, "Norte" y he quedado tan sorprendido como complacido, sentimientos ambos que extiendo a familiares y amigos que han podido gozar con su lectura.

Los artículos publicados son de una particular jerarquía literaria donde lo ameno se confunde gallardamente con su seriedad; la sección poética: magnífica, logrando un "todo" difícil de superar. Lo felicito con la mayor sinceridad y que Dios le brinde la oportunidad de continuar muchos años en su conducción.

Adjunto a uno de los ejemplares he recibido el estudio admirable de Armandino Pruneda, **Don Quijote: El Caballero del Ideal**, de tan magnífica concepción que trajo a mi memoria palabras de uno de mis ensayos sobre el amor y la amistad, con las cuales sintetizo la respuesta de mi alma al espíritu grandioso del Caballero Ideal... y digo:

Nací... y tuve niñez. Nací... y probablemente aprendí a valorar el sufrimiento antes que el gozar. Nací... de padres buenos, modestos, sencillos y fecundos, ambos hijos de una tierra aún más fecunda como lo es Italia.

De él, mi padre, recibí heredando su romántico lirismo, su amor por la música y la poesía y sobre todo su físico.

De ella, mi madre, no su exquisita belleza, pero sí algo de su admirable serenidad, puesta a prueba en las grandes decisiones de mi existencia; pero lo más grande lo heredé de su humanismo. ¡Ese prodigioso sentimiento que me permitió:

comprender, para que me comprendan;
perdonar, para que me perdonen
y amar, para que puedan amar.
(me...)

así amaron mis padres y así lo siento yo!

Por eso, siento y creo que la amistad y el amor no deben morir, no pueden morir... y si alguien me dijera, que sólo un milagro puede salvar "al amor y a la amistad", yo contestaría:

que creo en los milagros
porque creo en el amor...!

Siento que el genio Cervantino era toda humanidad, que sublimizó con su fecundo idealismo al admirable **Don Quijote de la Mancha** y utilizó su fina ironía en otro personaje insigne que se llamó **Sancho Panza**.

Comprender, perdonar, amar... fueron pedestales espirituales, conociendo a través de ellos al ser humano con sus contradictorios estados anímicos, pero con amor por las cosas de la vida que le permitieron idealizar y hasta ironizar la existencia.

Dr. Edmundo A. Morrone



De la Ciudad de México

No había contestado a su carta del día 2 de junio porque en realidad no era necesario. Y si hoy le acuso recibo de ella es por otro motivo para mí muy importante. Nació dicho motivo de la lectura íntegra del número 242 de esa muy notable revista que usted dirige.

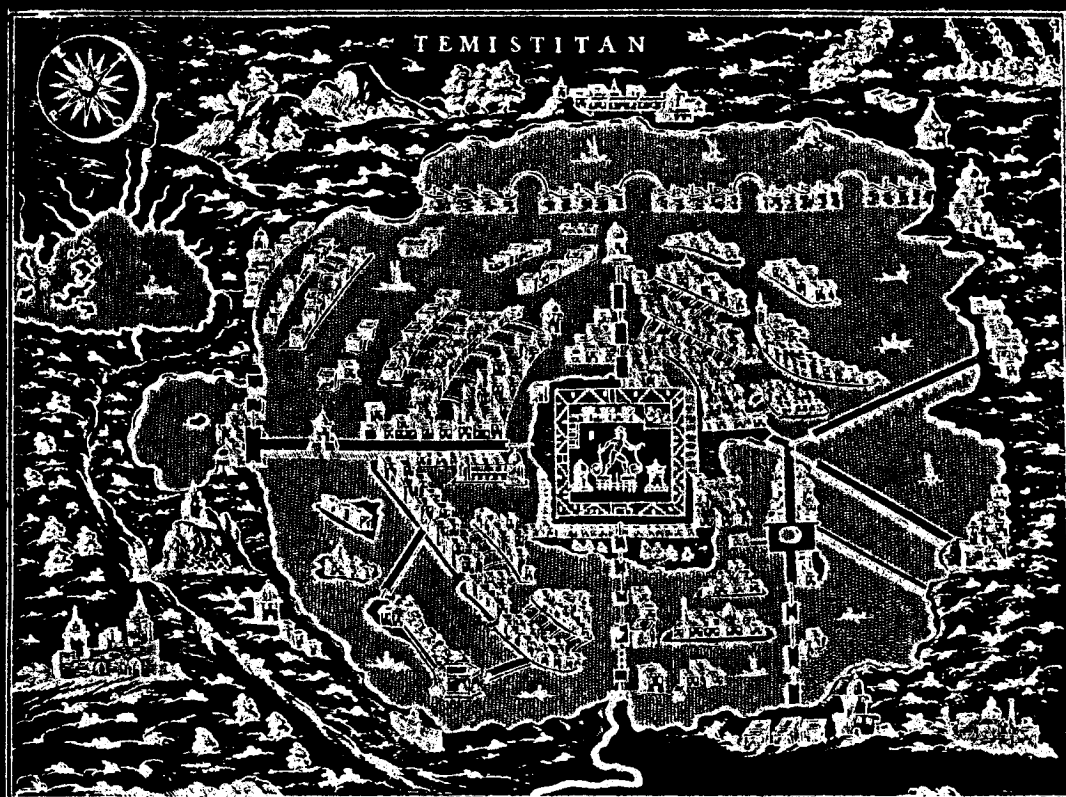
Cuando en 1920 estuve por primera vez en esta capital para asistir a un Congreso científico me produjo extraordinaria sorpresa percatarme de que el nombre de Hernán Cortés era difamado o desconocido por las clases intelectuales. Al venir muy posteriormetne como Embajador encontré una atmósfera todavía más densa de incompreensión en torno a la figura egregia del verdadero fundador de la nación mexicana. Y en mi primera visita oficial al hermoso hemicycle del Congreso de los Diputados me angustió el corazón advertir, que no ya a la cabecera, como era lo obligado, ni siquiera de apéndice, figuraba en las listas laterales de su frontispicio esculpido el nombre de la más sobresaliente entre todas las personalidades ilustres de la política mexicana. ¡Y qué contraste tan doloroso para mí al comparar después esta actitud de hostilidad o de fría indiferencia con la devoción casi religiosa que en Perú se tiene respecto a Pizarro, quien en manera alguna alcanzó las dimensiones y la profundidad y el genio creador que Hernán Cortés fue y del cual los mexicanos deberían sentirse aún más orgullosos que los españoles de España!

Por ser una valiente, documentada y generosa reivindicación todo ese admirable número de "Norte" le escribo emocionado estas líneas de gratitud, y ojalá esa manifestación de ustedes haya sido el principio del otorgamiento de justicia histórica en este querido México a quien tanto merece y tiene aquí tan poco.

Félix Gordón Ordás



DESCRITTIONE DELLA GRAN CITTA E ISOLA TEMISTITAN.



A città, e Isola di Temistitan Messico, è nella prouincia del Messico nella nuoua Spagna, ò Mondo nuouo: & tanto uien commendata per bella, bene ornata, & ricca da tutti gli Scrittori, che non senza marauiglia uediamo un'altra Vinetia nel mondo, fondata da Dio benedetto, piamente parlando; con la sua santissima mano: doue l'altre son fondate da gli huomini. Di questa città, e Isola hauendo io à parlare; ho pensato che sia molto à proposito descriuer prima la prouincia doue ella si troua, & poi parlar della Città quel tanto, che al mio ordine conuenga, & ch'è uenuto à mia notitia. E dunque la prouincia, doue questa città è posta in forma d'una ualle, circondata intorno intorno da altissimi & asprissimi monti, con circuito & giro di sessanta leghe, che sono cclxxx. miglia, benche Andrea Teuet dice, che quel piano circonda intorno à seicento miglia: ma tutta è in pianura, & solo fra Tramontana & Leuante è aperta. Nel rimanente
O è serrata

NUESTRO GRAN ANIVERSARIO

Suele otorgar la vida pocas oportunidades a las generaciones para que éstas se rediman ante la faz de la historia, y entre esas contadísimas oportunidades, esta generación de mexicanos ha desaprovechado el llamado del Presidente de la República, quien al comienzo de su mandato expresó su íntima convicción de que los mexicanos debemos estar orgullosos tanto de nuestros antepasados indígenas como españoles, tal vez queriendo decirnos que debemos de aceptar nuestro mestizaje ante la realidad dejando atrás los consabidos resabios religiosos de: "vencidos y vencedores"; de afrontar con voluntad, decisión y esfuerzo el destino que nos habremos de forjar al lado de todos aquellos pueblos, hermanos nuestros por el idioma, la lectura y el pensamiento que, como herederos naturales de la cultura mediterránea habrán de tener un papel destacado dentro del contexto hispánico de la civilización occidental.

"Al buen entendedor, pocas palabras", dice nuestro refrán, por lo que creo que esta generación de mexicanos no ha sabido escuchar con atención, reflexionar ante su futuro, en resumen no ha sabido captar su momento histórico, lo ha pasado inadvertido o quizá algo peor, no ha querido entenderlo, ha seguido la misma conducta de una avestruz; pero hagamos un alto: no se puede ser demasiado exigente con una población de avestruces puesto que esconder la cabeza ante una solución es lo único que se les ocurre. Mas no hay que ser pesimistas, el país tiene una cabeza formada por hombres cultos, capaces e inteligentes, que han perseverado con humildad franciscana para que el mexicano se despoje de esa creencia absurda en la idea de no ser mestizo, porque sin excepción alguna todos los mexicanos y muchos, extranjeros residentes, son mestizos en la cultura, tal vez tan mestizos como esa mezcla de tres culturas (no digamos razas) diferentes de que se compone el español.

Ningún símbolo puede representar mejor nuestro mestizaje que la ciudad de México, pues esta urbe al ser fundada, no fue reconstruida por los indígenas, ni tampoco lo fue por los españoles sino por ambos. Lo nahua

y lo español se fundieron hace cuatro siglos y medio para siempre jamás. Nada, a no ser que se apague el sol, o sobrevenga una reacción atómica en cadena, podrá disolver este connubio histórico, porque los hijos engendrados por él, que son tantos ya en el mundo, están mostrando la prueba irrefutable de su origen.

¿Quién puede dudar que un mexicano sea tan iberoamericano como un argentino? Pero el hecho de que el mexicano acepte mal su mestizaje nos lo demuestra al no celebrar la fundación de su ciudad, puesto que ésta es tan mestiza como él. Lógico es pensar que de haber reconocido su mestizaje, habría celebrado esta fecha.

Muchas personas, millones, hemos nacido en esta gigantesca pero hermosa ciudad y sin embargo no pudimos expresar el deseo de conmemorar su fundación porque no tuvimos autoridades representativas de nuestros deseos e intereses. De haber tenido un cabildo nos hubiéramos dirigido al señor alcalde para que éste ordenase el programa de festejos. Claro que habría habido y de hecho hubo, algunos listos que dijeron: "¿Pero cómo vamos a conmemorar la caída de Tenochtitlán?", los que de haber reflexionado, habrían visto que la defensa de la urbe azteca inmortalizó a Cuauhtémoc tanto como a Cortés, pues aquel sitio les dio eterno nombre y gloria a esos dos pilares de nuestra nacionalidad. Y además, recordemos que lo que debimos haber celebrado es la fundación como hecho histórico y nada más, y no lo hicimos.

Tengo fe en que una nueva generación de mexicanos interprete la historia de México, tal como fue, alejándose de doctrinas sensibles y de consignas exteriores que mucho han hecho por desorientarnos para mejor sujetarnos a sus funestos arbitrios. Sí, tengo fe en que esa nueva generación que ahora está naciendo, orgullosamente conmemore los cinco siglos de la fundación de México en el año 2021 para afirmar su verdadera nacionalidad.

AMERICA: VOZ HEBREA, TOLTECA, VASCA Y TURCA

Gutierre Tibón

Siete poblaciones helenas se disputaron el honor de ser la cuna de Homero; pocas, por cierto, en comparación con las que se disputan a Cristóbal Colón. Yo conozco varias de éstas, y he visitado, no sin sentir cada vez una honda emoción, las casas donde el Almirante nació, en Génova, en Savona, en Recco, en la Isla Roja del Cabo Corso y en Rovio, aldea de la Suiza italiana. Confieso que hace años hice una propaganda fervorosa al viejo establo de la familia Colombo en Rovio, cuna alpina de Cristóbal. Sin embargo, me he propuesto completar mi peregrinación colombina visitando los pueblos natales del Descubridor en Cataluña y en Galicia, y aún en Extremadura.

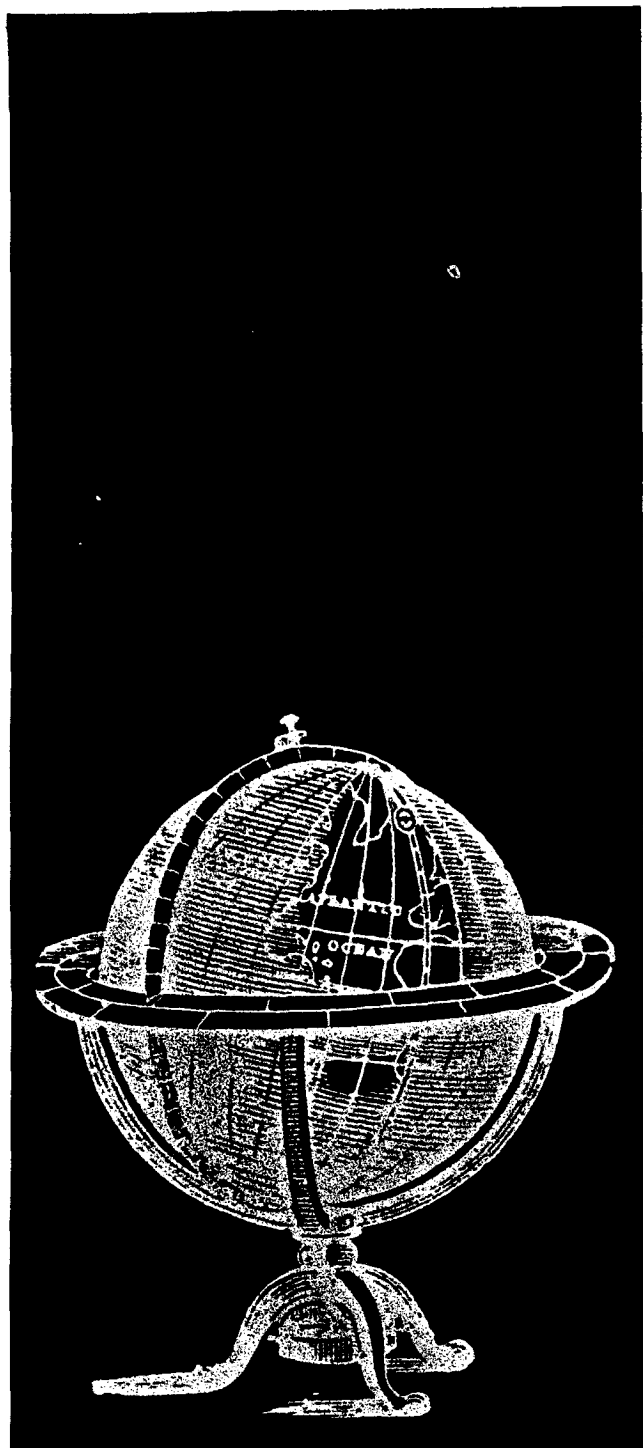
Hay que deplorar, una vez más, que América no se llame Colombia. No sólo por el parentesco que el nombre del continente hubiera tenido con la paloma, símbolo de paz, sino porque ya no tendríamos controversias acerca de su origen.

He contado no menos de una docena de interpretaciones estrambóticas de "América", que sus defensores presentan, a veces con lujo de documentación, y siempre con la firme voluntad de ignorar la existencia del acta original de nacimiento de Vespucio, en el que figura el nombre que es hoy el del Nuevo Mundo.

Lugares de tres continentes: la ciudad inglesa de Bristol, Nicaragua, Yucatán, Venezuela y hasta Turquía y la república soviética de los Yacutes se disputan la paternidad de "América". Varias de estas versiones están mencionadas en mi libro **América, Setenta Siglos de la Historia de un Nombre**; aquí presentaré algunas más, cuyo valor científico no supera al de la famosa pregunta que se hacía, visiblemente preocupado, aquel estudiante francés de escuela secundaria: **Porquoi le Père Ou, et la Mère Ique?**

Hace algunos meses el señor Tenenbaum, coleccionista de antigüedades mexicanas y partidario de la teoría que tantos sostenedores tuvo en el primer siglo de la Conquista, teoría según la cual los mexicanos descienden de la tribu perdida de Israel, descubrió que América se deriva del hebreo **Am Erez koj**, es decir, "Aquí están el pueblo y el país".

Prefiero esta interpretación a la del historiador alemán Karl Lokotsch; porque Tenenbaum es un inocente, al paso que Lokotsch se las da de americanista. Améri-



ca, dice, procede del tolteca y se compone de *zu merik*, monte, e *ike*, grande; significa, pues, "gran montaña".

¿Hebreo? ¿Tolteca? Fantasías estériles, rebate Florencio de Basaldúa, eúskaro de la Argentina. En su **Prehistoria e historia de la civilización indígena de América y de su destrucción por los bárbaros del Este** don Florencio nos demuestra que los hebreos, como los toltecas; los iberos, como los egipcios, hablaban la lengua madre por excelencia: el vasco. Y con la etimología vasca se explica perfectamente el sentido de la palabra América. **Ama-errika**: madre-patria-acción.

En 1888 el norteamericano Thomas de St. Bris dio la siguiente versión: el Emperador Carlos V obsequió a los mercaderes Welser, de la ciudad bávara de Augusta, con el país que hoy se conoce como Venezuela. En una relación al César, los Welser citaban, entre otros, un lugar de aquel país llamado Ameraca. La palabra gustó al Emperador, quien pidió a su cartógrafo Mercator que la usara para denominar toda la "cuarta parte del mundo".

Recientemente me visitó un peregrino guadalupano de California, el señor McClatchie, descubridor de los mapas que Marco Polo hizo de las costas americanas más de dos siglos antes del viaje de Colón. McClatchie es un ferviente sostenedor de la tesis de su paisano St. Bris.

Otro lugar de nacimiento de "América" es Bristol.

El municipio de la ciudad inglesa difunde un opúsculo en el cual defiende una teoría muy atrayente. Un sheriff de Bristol de fines del siglo XV, llamado Ricardo Amerycke, recibió del Rey el premio de doce libras que se otorgaba a quien descubría una nueva isla. Se sabe que el navegante veneciano Juan Cabot, descubridor de Terranova y de la Florida, tenía relaciones con Bristol; y de este puerto zarpó para sus expediciones su hijo Sebastián, que fue amigo de Amerycke.

En el coro de la iglesia de Santa María Redcliffe se admira todavía una placa de bronce que representa una pareja del tiempo de Cabot. Se conoce como "el bronce de Amerycke", ya que la mujer es Juana, hija de Ricardo Amerycke. Según la vieja tradición de Bristol, el nombre de América se pronunciaba a orillas del Avon antes de que fuera de uso general.

Amerycke, descubridor de una isla del mar océano, amigo de Cabot, es el que ha dado su nombre al Nuevo Mundo, y no Américo Vespucio, modesto abastecedor de barcos. Para bautizar una nueva tierra, se usan los apellidos y no los nombres de pila. ¿Nuestro continente se llama acaso Vespucia? No: América. La cuestión es clara.

Desgraciadamente, todos los archivos de Cabot fueron destruidos por el fuego, y no hay documentos que comprueben la teoría de Bristol. Quizás tales pruebas —concluye el opúsculo— se hallen un día en otro archivo todavía inexplorado.

Septiembre de 1936 en Ankara. Kemal Atatürk en persona preside el **Dil Kurultay**, o sea "La Fiesta del Idioma". Un grupo de jóvenes sabios turcos propugna la nueva teoría "solar" de la lengua. El habla humana es un milagro más del sol. Con su calor, el sol soltó de la garganta los primeros sonidos articulados, las primeras vocales, consonantes y palabras. La lengua pristina, la lengua de Adán, madre de todas las demás, fue, con toda evidencia, el turco. Desde el Asia Central, o sea el Turkestán, los turcos difundieron en los países vecinos su idioma, que paulatinamente irradió a todo el Orbe. La palabra América se halla en la forma de **Emerik** en el idioma de los yacutes, hablado por este pueblo de estirpe turca que vive en el extremo oriental de Asia, no lejos de las tierras americanas de Alaska.

El Atatürk, visiblemente complacido, se levanta y aplaude. Lo imita toda la concurrencia: mil corazones otomanos palpitan llenos de entusiasmo patriótico. ¡América es una palabra turca!

"América", en realidad, es una palabra mágica. Es un símbolo de libertad, de bienestar, de poderío. En ella se compendia el anhelo del hombre de hallar, sobre su viejo planeta, un Mundo Nuevo.

Y su magia se manifiesta también en éstas no siempre ingenuas tentativas de evocarla y atraerla y propiciarla con los lazos invisibles del idioma.

Tomado de: **Divertimientos lingüísticos**. Universidad de San Nicolás de Hidalgo. Michoacán, 1946.

EL NOMBRE DE AMERICA

Francisco de Arce

Existe hoy en la República de Nicaragua una región, situada entre el lago que da nombre a la República y el Atlántico, donde una cadena de montañas se dirige de noroeste a sudeste. Llamábase, antes de la conquista "Amerricua" o País Ventoso, nombre que se extendió a todo el territorio.

Cuando, en 1499, Alonso de Ojeda arribó a aquellas costas, los indígenas, llamados también américos, le indicaron el nombre, y Albérigo Vespucci, cartógrafo de la expedición y agregado al piloto Juan de la Cosa, consiguió por primera vez, el nombre de Amerricua, en su carta geográfica del mismo año.

Amerricua es el nombre con que se designó, en un principio, la parte Sur del Nuevo Mundo, y luego todo él, en los mapas hechos durante los tres primeros siglos que siguieron al descubrimiento; siendo de esta palabra de la lengua maya de donde procede la actual América.

Existe una carta geográfica, publicada en Lyon en 1523, por Ptolomeo, donde se da al Nuevo Mundo el nombre de Amerricua.

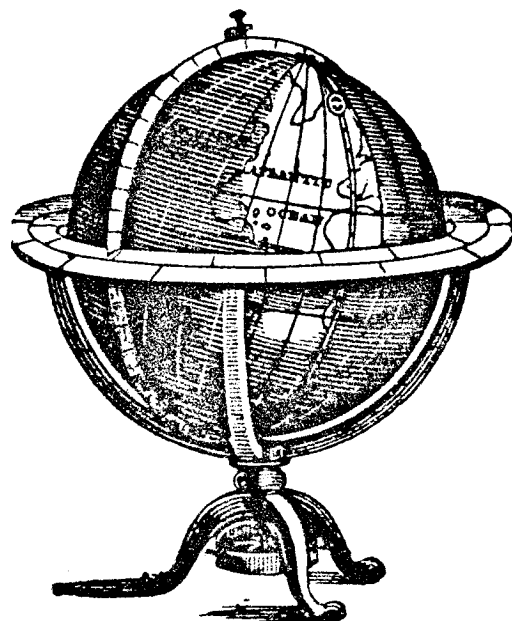
Albérigo Vespucci —no Américo—, nació en Florencia el 18 de marzo de 1452, fue un simple dibujante al servicio de Juan de la Cosa, piloto de Santoña, y aprovechándose de la modestia exagerada —muy propia de la raza— del piloto de la Cosa, firmó las copias que de sus mapas hacía, terminando por apropiárselos, así como las observaciones y narraciones de los viajes de su patrón, y quizás las de otros navegantes, hoy en olvido. Vespucci residió en Barcelona como agente comercial de los Médicis (1489 a 1491), tomando luego parte en varias expediciones al Nuevo Mundo.

En la carta geográfica que publica en 1506, de su tercer viaje al mundo descubierto, firma por primera vez **Américo Vespucci**, poniendo Américus en mapas posteriores; firmas consideradas, con razón, apócrifas, ya que en la edición XIX de sus **Cartas Geográficas** aparece de nuevo el nombre de Albérigus Vespucci, en latín. Por otra parte, los historiadores del descubrimiento contemporáneo de Vespucci, lo consideran, como una figura de segundo orden, llegando uno de ellos, **Pedro Mártir**, a tratarlo de falsario al atribuirse exploraciones y descubrimientos. En 1615 Antonio de Herrera, el más autori-

zado historiador de la época, señala el verdadero sitio que a Vespucci corresponde en el descubrimiento, al asegurar fue un simple dibujante cosmógrafo, al servicio de Juan de la Cosa y otros pilotos, no exento de inteligencia y rico en audacia y fantasía.

La idea de dar el nombre de América al entonces llamado Mundo Nuevo, débese a la proposición hecha por el cosmógrafo Martín Waltzemüller, en su obra **Cosmographie Introductio** (Saint Dié, 25 de abril de 1507), y aceptada tácitamente por geógrafos e historiadores contemporáneos, fundándose en la declaración de los indígenas a Ojeda en 1499.

El tiempo hizo olvidar estos detalles, y los partidarios y discípulos del florentino Albérigo Vespucci, convirtiéndolo en Américo, por la firma de alguno de sus mapas, apócrifos, como hemos dicho, trajeron el error extendidísimo de que al cartógrafo Vespucci debe su nombre América.



Tomado de: **América y el Viejo Mundo**. Recopilación de R. Díaz-Alejo y J. Gil. Librería El Ateneo de Buenos Aires. 1942. (Estos datos fueron enviados a NORTE por el abogado don Armandino Pruneda).

LA TIERRA DEL SOL DORADO

Gutierre Tibón

A fines del siglo pasado surgió y halló el apoyo de algunos sabios, la teoría según la cual América no debe su nombre a Américo, sino que, por lo contrario, fue Américo quien adoptó el nombre de América, o sea Amerrique o Amerrisquin, que los indígenas maya-chontales daban a las tierras más altas de Nicaragua.

En mi adolescencia yo admitía el origen americano de América como una verdad definitiva e inmutable, porque lo afirmaba el Diccionario Melzi, hijo ilegítimo pero fiel del galo Larousse.

Larousse prestó fe a la Sociedad Geográfica de París, y ésta al geólogo y viajero Julio Marcou, y éste a Tomás Belt, otro geólogo y naturalista inglés, que parece haber sido el primero en llamar la atención de los sabios sobre el nombre de la montaña centroamericana, tan parecido al de América. El Gobierno de Nicaragua, por su parte, difundió una serie de publicaciones oficiales que corroboraban la teoría.

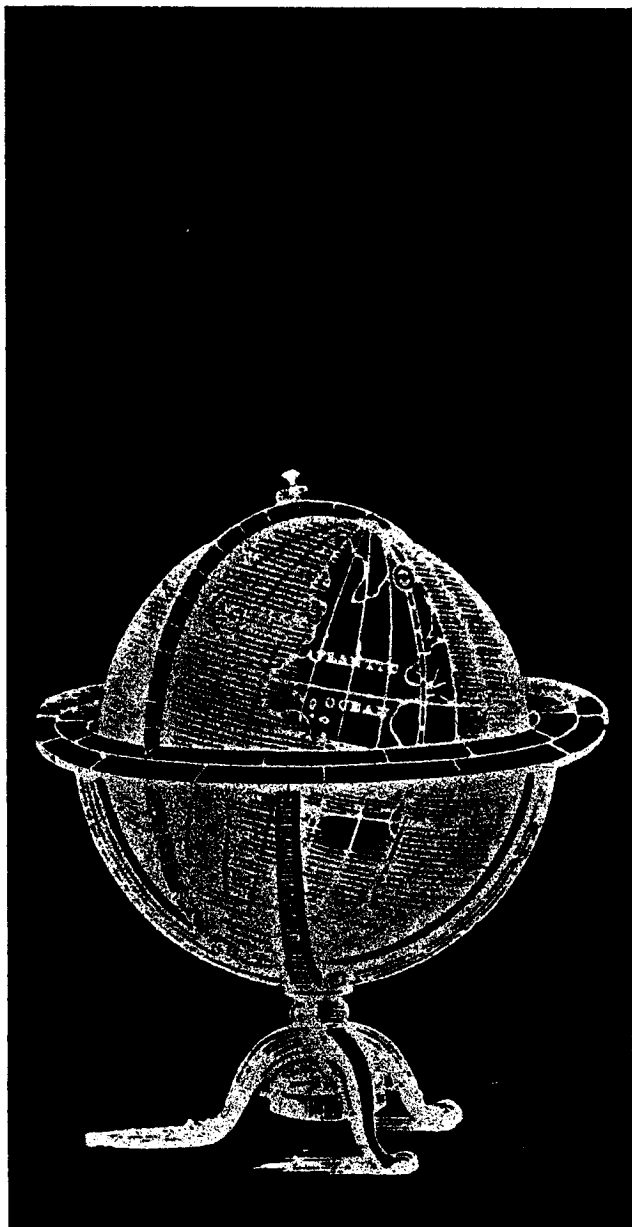
En 1890 el obispo de Yucatán, don Crescencio Carrillo y Ancona, publicó un estudio en el cual explicaba que la voz Amerrique que designa la sierra que separa el lago de Nicaragua de la costa de Los Mosquitos, corresponde, evidentemente, al maya yucateco Amalik, "el país donde sopla el viento", de amal siempre, e ik, viento. La voz amal, agregaba el ilustre historiador, se encuentra en otros geonímicos mayas, como Izamal, la ciudad sagrada de Zamná, que significa "siempre rocío", o sea "rocío cotidiano". Como veremos, por casualidad la primera parte de América procede efectivamente de una voz amal, pero que no tiene relación alguna con el vocablo maya.

Después de Carrillo y Ancona y de sus sostenedores, otros filólogos mayistas de buena voluntad han querido explicar el nombre de la sierra nicaragüense en una forma más poética, descomponiéndolo en Ame-rris-kuin, es decir, en maya-chontal, "Tierra del Sol Dorado", o "Tierra del Sol Brillante". Otros indigenistas a ultranza hacen derivar América del nombre de una isla: Itiamaraca.

¿Vale la pena contradecirlos? Creo que no. Después de hallar el acta de nacimiento original del explorador, con el nombre Amerigo, y docenas de documentos privados y oficiales con el mismo nombre, el querer hacer derivar América de una lengua indígena, constituye un

juego de ingenio sin base científica, como el de hacer derivar México del hebreo Mesías o Guadalupe del mexicano Coatlxópeuh, "la que pisoteó a la serpiente".

Tomado de: Setenta siglos de la historia de un nombre. Editorial Pirámide. 1945.



SOBERANIA

Salvador de Madariaga

En todo lo que precede hemos dado por sentado que el Estado tiene derecho y poder para adoptar decisiones definitivas que obligan a todos los ciudadanos. No faltan escuelas modernas que se niegan a aceptar este postulado, pero es difícil imaginar la vida colectiva sin una autoridad que exprese la unidad de grupo nacional. O admitimos la existencia de la nación o no la admitimos. En el caso negativo transferimos el problema al grupo, grande o pequeño, que representa la colectividad. Pero si opinamos que la nación existe y no está dispuesta a desvanecerse por el mero hecho de que neguemos su existencia, y que constituye el ambiente más útil para la absorción de las actividades individuales, entonces tendremos que otorgar a la nación su institución específica correspondiente, que es el Estado.

Afirmamos, pues, que el Estado tiene soberanía, es decir, que en cuestiones de vida colectiva le corresponde la última palabra. No vemos en el Estado una especie de entidad mística, un *deus ex machina*, que habrán de obedecer los mortales movidos por una especie de fe filosófica; pero tampoco pensamos que sea un mero grupo entre varios, que es obedecido porque es el más fuerte cuando lo es. Para nosotros, **la soberanía del Estado es mera consecuencia del sentido común.** Sean cualesquiera sus diferencias de detalle, los hombres tienen que establecer un acuerdo mínimo sobre las reglas que han de regir su vida colectiva. Supongamos, por ejemplo, pero sólo por ejemplo, que se adopte la regla de que prevalecerá la opinión de la mayoría; la soberanía del Estado entonces significa que al Estado incumbe velar porque esta regla se aplique, puesto que se ha adoptado. Las discusiones sobre la soberanía del Estado suelen pecar de excesivamente librescas y teóricas. Cualquier grumete sabe que no hay barco sin patrón o capitán. El Estado es el capitán del barco. Claro que hay Estados débiles en los cuales los oficiales, los obispos, los sindicatos obreros, los banqueros o las bailarinas de la ópera tienen más poder político que el ejecutivo. Pero este hecho no afecta en nada a la opinión, de puro sentido común, que dice que el Estado debe tener autoridad. En la afirmación de que todo capitán debe tener autoridad va implícita la de que hay capitanes que no la tienen o circunstancias en que la pierden. **Pero siempre queda que la soberanía es el atributo de la entidad, que tiene la última palabra,**



y que en toda nación civilizada este atributo corresponde al Estado.

Es triste privilegio de nuestra edad el haber visto una regresión de las opiniones políticas a la era en que la soberanía del Estado se confunde con la fuerza. La fuerza, como base del Estado, es una verdad pragmática. En último término, a la fuerza hay que llegar. Pero la distinción entre lo que es y lo que debe ser es uno de los atributos del hombre, al que no puede renunciar sin deshonra. Y, además, el **debe-ser** es una de las fuerzas que crean el **es**. Ciertamente el Estado que vive en la realidad es el que para bien o para mal tiene la fuerza de su lado; pero también es cierto que **esa fuerza, que tan física parece, es en realidad una fuerza moral, ya que depende de las convicciones de los hombres que la constituyen. Por lo tanto, las opiniones que circulan en las escuelas, por la prensa, en los medios electromecánicos de difusión y representación y, sobre todo, en la percepción directa de las realidades nacionales, tarde o temprano modelan las convicciones de las fuerzas armadas y determinan el régimen del Estado.** De aquí la importancia de una doctrina sana del Estado y la influencia incalculable de la conducta, competencia y abnegación de los dirigentes. No hay pueblo que corra el albur de una revolución estando bien gobernado. Y así llegamos, por otro camino, a nuestra conclusión anterior: que todo Gobierno debe ser una aristocracia. Porque el consentimiento de los gobernados, que es, en último término, la base de la fuerza moral, esencia a su vez de la fuerza física, sólo se concede cuando la superioridad de los que gobiernan está bien cimentada.

Conviene, no obstante, una vez establecida la soberanía del Estado, alguna salvedad en cuanto a los errores que a favor de la palabra **soberanía** pudieran entrar de contrabando en nuestro concepto del Estado. Este vocablo, soberanía, procedente del vocabulario de la monarquía absoluta, es en el de la democracia forastero que pudiera equivocarse y equivocarnos. Tiene evidente resonancia de absolutismo y no estaría de más que intentásemos delinear cuidadosamente sus fronteras. En nuestra opinión, la soberanía del Estado moderno difiere, según se trate de asuntos interiores económicos, de asuntos interiores políticos o de asuntos exteriores.

En cuanto a los asuntos interiores económicos, en nuestro mundo moderno la libertad económica completa es una imposibilidad material. Aún así, como ya hemos establecido, importa tanto al individuo como al Estado que subsista el máximo de libertad económica compatible con nuestros tiempos. Esto sentado, el Estado tiene que tener poderes suficientes para dirigir la vida económica y financiera del país y ajustarla a la del mundo en general. Así tiene que ser inevitablemente. Sean cualesquiera los detalles de la organización económica de la nación, sólo al Estado corresponde dirigirla en su conjunto. **A decir verdad, el deber más urgente de todo Estado moderno es el rescate de su soberanía perdida en cuestiones de moneda y crédito de entre las redes de la banca privada, que han ido absorbiéndola con maravillosa suavidad.** No hay ciudadano ni grupo de ciudadanos que puedan justificar acto alguno de carácter económico contra el Estado. A buen seguro que el Estado no es sólo una empresa, razón por la cual precisamente no puede satisfacernos el **Estado funcional que antaño predicó D. Ramiro de Maeztu y hoy practican sus émulos sin saberlo: Mussolini, Stalin y Hitler.** Pero en tanto en cuanto la **Nación es una empresa**, importa que su vida económica se rijan por un criterio de rendimiento y eficacia y, por lo tanto, sobre la base de la autoridad, de la competencia y de la jerarquía.

En los asuntos interiores de carácter político, la soberanía del Estado no puede ser tan completa. En este plano el Estado es el servidor del individuo. Se trata, como hemos visto, del plano de la libertad individual, en el que el hombre busca su experiencia. No deja de ser necesaria en él la soberanía del Estado, pero mientras en el plano económico el Estado habrá de dirigir la vida colectiva, en el político-moral se limitará, mediante su capacidad legislativa y los poderes ejecutivos que de ella se desprendan, a asegurar su propia subsistencia frente a los efectos centrífugos de la libertad individual, absteniéndose de toda intervención en las formas elevadas e íntimas de esta libertad.

La idea de la soberanía del Estado adopta sus formas más peligrosas en el campo de los asuntos exteriores, porque en este campo el Estado viene afirmando desde hace algunos siglos una actividad amoral, que pesa de modo terrible sobre los destinos del individuo y es-

torba el establecimiento de la paz universal. Es fácil darse cuenta de la evolución histórica que ha llevado a este estado de cosas.¹

Con el advenimiento de un espíritu internacional nuevo, por primera vez universal en sus atributos territoriales, raciales y espirituales, las limitaciones de la soberanía del Estado en cuestiones exteriores se dibujan con toda claridad. **Al examinar el problema de la finalidad hemos visto que el Estado viene obligado a servir al individuo y le es jerárquicamente inferior en todo lo que concierne a los valores.** Ahora bien, **no hay valor más importante en el hombre que el de su humanidad, que los comprende a todos. Sin el hombre, ni verdad, ni belleza, ni bien.** Por lo tanto, la humanidad es el valor de los valores, la fuente de los valores, la esperanza de los valores, y ante ella ha de inclinarse el Estado.

Pero la humanidad es común a todos los hombres y no reconoce fronteras. Así como el Estado es la manifestación de la comunidad polarizada con el ciudadano, el fondo de vida colectiva organizada sobre el cual se destaca y por el cual se explica el ciudadano, así la humanidad organizada es la comunidad polarizada con el

hombre, el fondo sobre el cual se destaca el hombre y por el cual se explica. El Estado habrá, pues, de insertarse jerárquicamente en la humanidad organizada; en ella ocupa, desde luego, un lugar elevado. Es el marco de una cultura local adaptada a una cultura humana, cuyos valores remotos transmite a sus propios ciudadanos, y el centro de una organización local conectada con una organización universal que habrá de irse estableciendo y cuyo primer ensayo tímido, pero meritorio es la Sociedad de las Naciones.

Síguese de aquí que la libertad individual habrá de permanecer intacta en lo que concierne a las relaciones entre el ciudadano del mundo y el Estado universal. El Estado universal existe ya en cuanto la conciencia de pertenecer a la humanidad organizada tiene vigor suficiente en un número bastante elevado de seres humanos para constituir el núcleo de una conciencia de comunidad universal. En estas condiciones, el Estado nacional no puede sobrepasar los límites que le fija la relación superior que une al hombre con el hombre superior, aunque quizá más laxa, que la que une el ciudadano con

el ciudadano, así como la relación de hombre a humanidad es más elevada, aunque pueda ser menos intensa que el patriotismo.

Más concretamente, la nueva posición del problema se traduce en cierto número de derechos y deberes nuevos:

1. El Estado tiene que limitar su soberanía en asuntos exteriores al marco del derecho internacional y de la ética. Existe ya un primer código de derecho internacional, que es el Pacto de la Sociedad de las Naciones.

2. El Estado tiene que limitar su soberanía para con el individuo, a quien no le es lícito exigir servicio militar para guerras que violaren los principios del derecho internacional.

3. El individuo tiene el derecho de negarse a servir al Estado en tales guerras.

Esta tercera regla plantea el problema de la objeción de conciencia, uno de los de más difícil ajuste entre la libertad individual y la soberanía del Estado. La actitud del ciudadano que se niega a combatir de un modo absoluto y en cualquier circunstancia me parece errónea. No sólo revela una terquedad y un orgullo intelectual incompatibles con los principios de la religión cristiana, en que tales personas fundan su ultrapacifismo, sino que en la práctica equivale a rechazar los inconvenientes de una asociación colectiva, cuyas ventajas se aceptan. **Este tipo de ultrapacifista, para ser lógico, debiera hacer voto de pobreza y vivir de limosna;** pero el habitante de una nación metropolitana, rebosante de la riqueza adquirida por el ejercicio del poder económico-militar, que acepta su parte del botín apartando con horror la vista de los medios que sirven para adquirirlo, no puede considerarse como un campeón consistente de principios nobles.

Existen otros dos argumentos contra la objeción absoluta de conciencia. El primero es que la justicia y el orden que sobre ella se establece han menester a veces de la fuerza. Hay que repeler la agresión y castigar al que la comete. **El ultrapacifista que goza de los beneficios del orden tiene que colaborar en mantenerlo cuando para ello se le requiera.** Por otra parte, la admisión en derecho del escrúpulo absoluto de conciencia equivaldría inevitablemente a una prima a la cobardía. Los ultrapacifistas que abundaron en Inglaterra, sobre todo

durante la guerra, en su mayoría gentes de mala cabeza y buen corazón, solían ser hombres de gran valor físico y moral, capaces de soportar virilmente los sufrimientos y humillaciones que comportaba su actitud. Pero a su sombra se acogería, sin duda alguna, un rebaño de cobardes, alegando escrúpulos simulados, imaginados y aun **sublimados**. La admisión en derecho de la objeción absoluta de conciencia es, pues, una imposibilidad a la vez teórica y práctica.

Pero esto no implica que no sea posible admitir la objeción de conciencia por razones bien definidas y en circunstancias concretas. El problema ha sido resuelto con toda claridad, si bien en el lenguaje de su tiempo, por el **verdadero fundador del derecho y de la ética de la vida internacional, el Padre Vitoria**. Este venerable maestro dictó dos principios, que una vez traducidos del lenguaje dogmático al jurídico, son irrefutables:

"20. Para aclararla establezco la siguiente **primera proposición: No siempre es suficiente que el príncipe crea justa la guerra.**

Se prueba, en primer lugar, porque en otras cuestiones de menor importancia no basta ni al príncipe ni a los particulares el creer que obran justamente. Lo cual es evidente, porque pueden error, o invencible o afectadamente, y para que un acto sea bueno no basta el parecer de un cualquiera, sino que es preciso que se haga conforme al juicio de los sabios, según consta por el libro segundo de los **éticos**.

Además, se seguiría, por otro lado, que muchas guerras serían justas por entrambas partes. Porque comúnmente ocurre que los príncipes no hacen la guerra de mala fe, sino creyendo defender una causa justa, y de esta suerte serían inocentes todos los soldados y, por consiguiente, no se les podría matar.

Además, en este caso, hasta los turcos y los sarracenos harían guerra justa a los cristianos, pues piensan que con ella prestan un servicio a Dios.

22. La segunda duda es si los súbditos están obligados a examinar las causas de la guerra o si pueden ir a ella sin hacer ninguna diligencia acerca de esto, a la manera que los lictores pueden ejecutar un derecho del pretor sin más examen.

Acerca de esta duda propongo esta **primera proposición: Si al súbdito le consta de la injusticia de la guerra, no puede ir a ella aun cuando el príncipe se lo mande**. Lo cual es manifiesto, porque en virtud de ninguna autoridad es lícito dar muerte a un inocente. Luego si los enemigos son inocentes, en ese caso no se les puede matar.

Además, el príncipe peca haciendo la guerra en este caso. Pero como se dice en **Rom. I**, no sólo son dignos de muerte los que obran mal, sino también los que consienten a quienes lo hacen. Luego los soldados que pelean de mala fe no pueden tampoco excusarse. Además, no es lícito matar a los ciudadanos inocentes por mandato del príncipe. Luego ni tampoco a los extraños.

23. De todo lo cual se sigue como corolario que, **cuando los súbditos tengan conciencia de la injusticia de la guerra, no les es lícito ir a ella, se equivoquen o no**. Lo cual es evidente, porque, como se dice en **Rom. 4**: todo lo que no procede de la fe, pecado es".²

Estos principios dan solución clara y cómoda al difícil problema de la objeción de conciencia. Basada en el segundo principio de Vitoria, la objeción de conciencia es intachable. Ningún Estado tiene derecho a obligar a sus ciudadanos a violentar su conciencia a tal extremo. La dificultad que plantea la pregunta ¿qué es guerra justa?, y más todavía ¿quién define la guerra justa?, desaparece con la existencia de la Sociedad de las Naciones. Podría, pues, autorizarse a los ciudadanos de todos los países a inscribirse de antemano y en tiempo de paz en Ginebra, haciendo constar su intención de no prestar servicio en guerra alguna que hubiese sido considerada como contraria al Pacto por los organismos competentes de la Sociedad de las Naciones. Al primer pronto puede todo esto parecer platónico y académico. Pero no lo es. Desde el punto de vista de los intereses de la paz, o, lo que en último término es lo mismo, de la cooperación internacional, importa que se vayan generalizando entre los hombres actitudes y hábitos mentales que tengan por base el Estado Universal. Sólo a medida que se vaya creando como una especie de tejido de pensamientos, acciones y emociones de índole universal, podrá irse también formando la Patria única, sin la cual es inútil esperar la paz permanente entre los pueblos. La existencia de un registro universal de ciu-

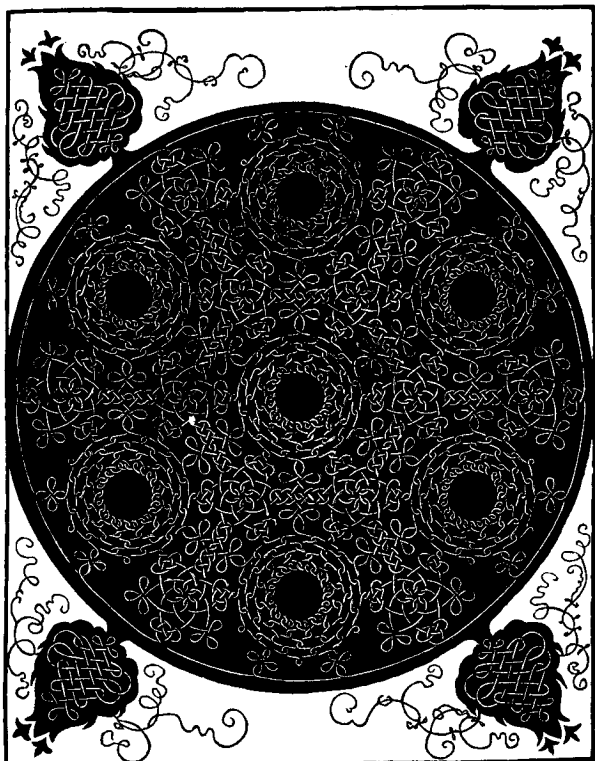
PAPELES DEL PRIMER IMPERIO

dadanos del mundo comprometidos a no luchar en guerra injusta, pero en cambio a combatir en guerra justa, constituiría, por otra parte, un freno poderoso contra la agresión internacional. Es además evidente que al reconocer en derecho el escrúpulo de conciencia así limitado y definido, **habría que establecer como consecuencia inevitable la protección internacional del ciudadano contra su propio Estado nacional en caso de posible violación de este privilegio humano.**

¹ El lector a quien este asunto interesase le hallará desarrollado en *Discursos Internacionales*. S. de Madariaga. Madrid, 1933. Aguilar, editor.

² "Relaciones Teológicas del maestro fray Francisco de Vitoria". Edición crítica por el maestro fray Luis G. Alonso Getino, pág. 405. Tomo II. Madrid, 1934.

Tomado de: *Anarquía o Jerarquía*. Aguilar. 1936.



Testamento de don Antonio

Sin hallarme postrado en cama con dolencia alguna que me aqueje: pero no pudiendo menos de conocer y confesar el enorme quebranto de mi salud desde el grito de Iguala y Tratados de Córdoba, debilitándome de día en día, de modo que ya me falta el espíritu, y el que aliento es demasiado lánguido: que algunos médicos como el doctor **trágala trágala**, y otros no dan un pito por el infeliz don Antonio: he venido en disponer, ordenar y guisar mi testamento en la forma siguiente.

Primeramente encomiendo mi cuerpo a la tierra de que fue formado, y pido a mis albaceas que en el momento que tengan toda certeza de mi fallecimiento, acreditándolo con plenas pruebas que no dejen la menor duda, sobre lo cual les encargo la conciencia, no sea que me haya escondido en algún rinconcillo, mostrador, tienda o **tompíate**, procedan desde luego a mi entierro en el lugar y modo que mejor les parezca; pero que no se me vista de mortaja o sayal de ninguna clase, para evitar que se confunda este yo don Antonio con otro que no sea el verdadero **yo mismo**.

Item, mando con toda humildad que mi funeral y entierro se disponga con la mayor pompa posible, sin detenerse en costos, sacándolos de lo más bien parado de mis bienes, aunque excedan del quinto: ¡Bueno fuera que don Antonio en vida, dejara de ser don Antonio en muerte!

Item, declaro que fui casado con doña Vela Verde en uno de los subterráneos de la casa chata, con dispensa de vanas, aunque fue vano pedirla, porque allí toda ritualidad era en vano.

Item, declaro que mi cónyuge trajo a nuestro maridaje varios muebles, fincas y alhajas, y entre otras la junta de seguridad, la acordada, el espionaje, la cuadrilla de los de la S y de la P bordadas en las bocamangas y otros varios de capa redonda; de lo cual no otorgué carta dotal, pero usé como dueño absoluto, con toda generosidad, tirando tajos y reveses a diestra y siniestra.

Item, declaro que aunque yo no llevé a mi citado enlace caudal alguno porque salté en tierra en pelota;

pero aumenté considerablemente el de mi cónyuge con el auxilio de muchos comandantes del gobierno difunto y unos cuantos cerquillos.

Item, declaro que aunque tuvimos larga sucesión; pero con motivo de haber muerto la señora cuando menos lo esperaba, y a pesar de mil patadas de ahogado medio resucitó; pero volviendo a morir para de una vez; llevóselo todo el diablo: Vela Verde, dote, hijos, caudal y yernos. Sólo don Antonio siempre vivito, aunque cree que de ésta no se las pone.

Item, dejo en clase de legado a todos los que probaren ser mis parientes más inmediatos una inscripción que se olvidó picar en el edificio de la casa de Moneda al pie de las augustas armas mexicanas, afeando terriblemente aquel frontis; pues aunque se quiso disfrazar con un teñido de verde, pero se percibe muy bien que decía, y aún dice: **Reinando las Españas la católica Majestad del señor don Felipe V, etcétera**, Aguila del Imperio y esta inscripcionaza es don Antonio, porque para transmitir la memoria de la época de aquella construcción, muy sobrado era dejar vivo el año MDCCXXXIV.

Item, dejo en el mismo edificio en lo más alto del frontis un disforme busto del citado Felipe V, con el agregado de la orla... **Dei gratia Hispaniarum et Indiarum Rex**, tan no desfigurado que en el día se le avivó el color...

Item, dejo una porción de retratos de mostachos y perillas, báculos y bastones, golillas y melenas que existían en la sala llamada del **real acuerdo**, y dizque son desde el bendito Fernando Cortés hasta el Venadito, **et infra**, para que ahora que se ha de componer toda la extensión de palacio se les dé la correspondiente aplicación, con los que también allí estaban arrimados de Carlos IV, María Luisa y Fernando.

Item, mando que inmediatamente se eche a tierra un medalloncito que se halla en la parte superior de la puerta de Catedral que mira al poniente, porque está tan pequeño y tan mal escrito que no es del gusto de don Antonio.

Item, dejo en clase de legado específico dos medallones bien corpulentos en el edificio de la Aduana, casi a sus extremos, uno en castellano y otro en latín; pues

aunque están un poco disfrazados con una manita de blanco que se les pasó, pero se percibe muy bien su inscripción: **Exigendis vectibalibus**, con el águila mexicana, y con **benignisimi Regis Caroli III** es otro don Antonio.

Item, dejo por vía de legado gratuito dos medallones muy grandes y otros varios pequeños en las casas que se llaman del **Estado**; pues aunque nuestro soberano Congreso, y aun las Cortes de España, abolieron toda insignia o indicante de vasallaje, pero esto no es para esas casas de don Antonio.

Item, mando que a los empleados en ellas como administrador, mayordomo, abogado de cámara y cualquier otro si lo hubiere, se ponga por mis albaceas el visto bueno en sus títulos, y en cajillas de hojalata se encierren para que **sepeliantur cum honore** de don Antonio.

Item, mando que a costa de mi testamentaria, si fuere necesario se compren y recojan dos papeles que no hace mucho comenzaron a correr: el uno titulado: **El que pregunta no yerra**, y el otro: **El café número 2**, porque su objeto es impugnar a don Antonio, en lo que puede ver el curioso lector.

Item, dejo por ahora la estatua ecuestre de la plaza mayor, mientras que el Pensador en una de sus cincuenta preguntas le da colocación, y entonces podrá venir por ella el viejito Dávila para su castillo encantado.

Item, dejo una gran porción de trajes talaros muy bonitos como los de los bedeles y maceros, como el de los colegiales, incluso los de los guantes al pecho, como los de todos toíticos los curiales de golilla, ropilla y toga; porque siendo privativa y exclusivamente trajes españolescos, se culparía de omiso a don Antonio si no los incluyese en su libro de caja.

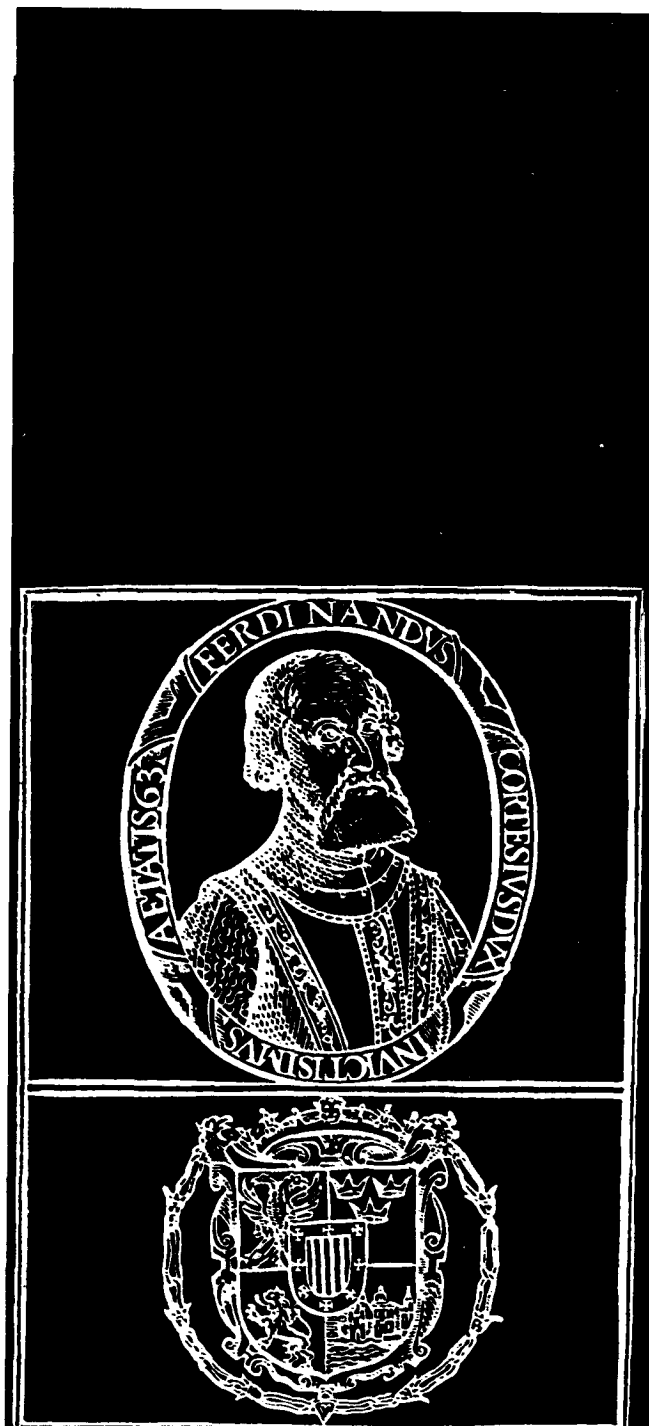
Y si en algún tiempo llegare su abolición, la cual desde ahora para entonces y desde entonces para ahora reclamara don Antonio: desde luego prohíbe a sus albaceas que permiten que se conviertan en vestidos negros. Allá se les avengan, si tal consienten, con las viejas, o con el Padrecito Poblano, o con algún modorro viejo Pregúntenle al Pensador.

Ultimamente encargo muy particularmente que las parroquias de México, en donde todavía se lleva la práctica de libros separados, para españoles, indios y castas; continúen exactísimamente sin faltar un punto. Por tanto en las partidas de bautismo, casamiento y entierro se dirá como antes: **fulano español, mulato** etcétera. Es preciosa la asonancia de **español, nacido en México**, con el final, de **año 2 de la independencia**.

Y para cumplir y pagar este mi testamento, dejo por mis albaceas, fideicomisarios, tenedores de bienes con libre y franca administración al citado Dávila en San Juan de Ulúa, y en La Habana a Novella, con encargo a este último que no deje de leer el periódico la **Sabatina** número tres, para que no mienta con tanto descaro. Y lo firme, siendo testigos instrumentales, Buseli, Uber, y todos los demás de la tinga de Juchi.

México, 1822.

Imprenta de don J. M. Benavente y Socios.



LOS RESTOS DE HERNAN CORTES

Jaime Torres Bodet

Con la inauguración de la Biblioteca de México había yo esperado poder dar término a mis labores en la Secretaría. Mas no fue así. Dentro del automóvil al que subí, junto con don Manuel, para acompañarle a Los Pinos, tuve que explicarle un problema que nos habían planteado, de la manera más imprevista, ciertos historiadores: los que encontraron, en la iglesia del Hospital de Jesús, una urna con los restos de Hernán Cortés.

Sepultado múltiples veces, Hernán Cortés puso más años en conquistar su tumba que meses consagró su existencia a vencer al imperio azteca.

Se ignoraba —o fingía ignorarse— el sitio exacto en que yacían los huesos del esforzado y astuto Marqués del Valle de Oaxaca. Pero alguien poseía una copia del expediente integrado en 1936, cuando Alamán decidió trasladar los restos, del lugar en que los habían enterrado en 1823 —bajo una tarima, cerca del altar de la iglesia de Jesús Nazareno— a un sitio más decoroso del mismo templo: un nicho en la pared, que se enyesó y se pintó “para que no se notase nada”. Esa copia llegó a manos de un refugiado español, el señor Fernando Baeza y de un becario cubano de El Colegio de México, el señor Manuel Moreno, quienes trataron el caso con el doctor Francisco de la Maza, el cual propuso los nombres de los historiadores mexicanos: los señores Edmundo O’Gorman y Alberto María Carreño.

Carreño fue a visitarme, con gran sigilo. Me contó parte de lo que había ya averiguado y me preguntó si podría proceder a investigar lo que hubiese de cierto en el asunto. Le indiqué que no veía yo en ello inconveniente de ningún género; pero que debería obtener, ante todo, el permiso del director del hospital, del que dependía la iglesia de Jesús, o del Patronato de la Fundación del Marqués del Valle. Según parece, así lo hizo, en la forma que relató el doctor de la Maza en su importante estudio (“Los Restos de Hernán Cortés”) publicado, en 1947, por la revista **Cuadernos Americanos**.

Se procedió a buscar la urna durante el domingo 24 de noviembre. Y fue descubierta, al principiarse la noche del mismo día. El lunes 25 se me informó del hallazgo y se me pidió que enviara a un representante para atestiguar los hechos. Nombré al licenciado Javier de Cervantes, del Departamento Jurídico de la Secreta-

ría de Educación. En unión de un notario, de varios historiadores (entre los cuales Manuel Toussaint, Pablo Martínez del Río, Silvio Zavala, Daniel F. de la Borbolla, Rafael García Granados) y del licenciado Bernardo Iturrriaga, de la Dirección de Bienes Nacionales de la Secretaría de Hacienda, mi representante acompañó —en el Hospital de Jesús— al doctor Trillo, patrono de la Fundación, y a los investigadores que habían encontrado los restos: el doctor de la Maza, el licenciado Alberto María Carreño y los señores Baeza y Moreno.

La noticia apareció en los periódicos del martes 26. Urgía una decisión gubernamental, rápida, clara y definitiva. ¿Qué iba a hacerse con la urna recuperada? Según parecían desearlo algunos devotos de la Colonia y admiradores de la Conquista, aquel descubrimiento podría solemnizarse con una gran manifestación en honor de Cortés, a los trescientos noventa y nueve años de la fecha en que había sucumbido: 2 de diciembre de 1547. Los hispanóforos, fieles a Cuauhtémoc, hubieran protestado ante tal manifestación. Y los restos de Cortés habrían servido así para envenenar una vieja discordia histórica, estéril e interminable.

Tras de hacer al Presidente Avila Camacho, en el automóvil, una síntesis de lo que acabo de resumir, le sometí un proyecto de acuerdo que disponía lo siguiente: el Instituto Nacional de Antropología e Historia se haría cargo de la custodia de la urna; el propio Instituto designaría a una comisión para dictaminar sobre la autenticidad de los restos, y, en caso de confirmarse la autenticidad, tomaría las medidas adecuadas para conservarlos en el templo del Hospital de Jesús, en su calidad de monumento histórico.

La solución le pareció a don Manuel razonable y justa. Se respetaba la memoria de Cortés y se evitaba un escándalo innecesario. El acuerdo —que le envié al día siguiente a Palacio, para su firma— fue refrendado inmediatamente por el licenciado Eduardo Suárez, como Secretario de Hacienda, y registrado —el 28 de noviembre— en la Secretaría Particular de la Presidencia de la República.

Tomado de: **Memorias**. Años contra el tiempo. Editorial Porrúa. 1969.

EN LA DEFENSA DE JAMAICA

Andrés Cavo

Pasemos ahora al año de 1655, desde donde se deben comenzar las pérdidas que el comercio de la Nueva-España y de las islas experimentaron, que hasta entonces habia sido interrumpido de los extranjeros; mal que en su origen vino de un inglés que estuvo en Méjico y en Quauhtemalan por muchos años, y que se ha continuado por ingleses, franceses y holandeses, aumentándose siempre que se mueve guerra contra España y las demás naciones. Para aclarar esta verdad, que tanto interesa á la historia de Méjico, es necesario tomar las cosas de atrás.¹ Desde el año pasado, los ingleses sin estar en guerra con los españoles, **pirateaban en el seno mejicano** y en las islas: nuestra corte se quejó al protector de estas hostilidades, pero no consiguió la satisfacción que pedia. Tratábase á la sazón de hacer liga con la Francia contra España, que no se concluyó. En este estado ni de paz ni de guerra con los feligreses se hallaba a la Nueva-España, cuando arribó á Londres el célebre **Tomás Gage, que largo tiempo estuvo en Méjico, y muchos años de ministro de una de las doctrinas del obispado de Quauhtemalan.** Este religioso, que según confiesa en su viaje,² habia juntado cuatro mil pesos en piedras preciosas y perlas y tres mil en pesos, se volvía á su patria con pretexto de acudir á los católicos; pero en la navegacion su fragata fué apresada de un mulato que llamaban Dieguillo, que mandaba un division de la escuadra del célebre corsario holandés Pié de Palo. Despojado de la mayor parte de sus haberes, volvió a la costa, de donde fué á la Habana, de aquí á la España, y después a Inglaterra. **Este, pues, religioso apóstata, con el gran conocimiento que habia adquirido de las pocas fuerzas que los españoles tenían en aquellos tiempos, así en las islas como en la tierra firme, y acaso también llevado de odio que muestra a una nación a quien tantos favores debía, luego que llegó a Londres representó á Cromwell que con una fuerte escuadra y pocas tropas de tierra era muy facil desposeer á lo españoles de las islas de la América, y ocupadas estas, debía rendirse el comúnmente ó parte setentrional, pues los navíos que de España iban en socorro de aquellas colonias, debían hacer el viaje por en medio de las islas.** Para hacer mas plausible su proyecto, no dudo que llevaria el plan

de las fortificaciones que habia y que á punto fijo llevaria anotado tambien cuánta era la guarnición de Cuba y de la Habana, donde acababa de estar. El protector lo oyó con gusto, y se aprovechó de sus informes, no solo por la razon comun de que las demas naciones y mucho mas los ingleses en aquellos tiempos **se comían de envidia de ver que los españoles casi solos disfrutaban las riquezas de la América,** sino mucho mas porque habiendo gastado en perseguir á los católicos las rentas del erario, temia pedir al parlamento nuevos subsidios. Así que, esta ocasion la abrazó no de otra manera que si con los despojos de los españoles hubiera de afianzar su tirania. Para el logro de esto, mandó aprestar, sin que nadie entendiera su destino, una fuerte³ escuadra de treinta naves de guerra al comando del almirante Penn, en la cual se embarcaron cuatro mil soldados escogidos, con golpe de aventureros, á cargo del coronel **Venables,** que debia dirigir las operaciones de tierra

Esta escuadra, que era la mayor que salía á surcar los mares de la América, asustó mucho á los españoles en Europa, creyéndose que iba a embestir á Cádiz; pero cuando supieron que se habia alejado de las costas, quedaron temerosos de su paradero. Entre tanto los ingleses aportaron á refrescarse á las Bermudas, en donde se publicó la jornada de la Española: esta voz atrajo á la escuadra de Penn gran número de aventureros que pensaron hacer fortuna con los despojos de aquellos isleños. Con estos refuerzos el almirante dió las velas, y el 13 de abril dió fondo en aquella costa. Esta expedicion no fué tan secreta que los isleños de la Española la ignoraran, y así se previnieron formando un cuerpo de soldados inferior en el número al de sus enemigos, pero animado del celo de la defensa de la patria.⁴ Los ingleses hicieron su desembarco sin oposicion: serian en todos siete mil de infanteria y algunos escuadrones, con viveres para tres dias, gran tren de artillería y municiones de guerra; con estas fuerzas, por un país muy frondoso, se encaminaron á la capital, que distaba pocas leguas. **En este bosque los nuestros cargaron á los ingleses tan felizmente,** que con gran pérdida recularon.

Este revés no los acobardó sino que dejado aquel camino, tomaron otro por campaña abierta; pero de nada les valió, porque aquellos isleños,⁵ capitaneados de don Juan Morfa, se aposentaron en lugares tan ventajosos, que **en el primer ataque quedaron en el campo de batalla el mayor general Haynes y seis mil infantes**; esta mortandad infundió en los pocos enemigos que quedaron tal miedo que no pasaron hasta estar protegidos del cañón de los navíos. Esta victoria la saco de la historia de Jamaica, escrita en lengua inglesa.⁶ Concuerdan en lo mismo los españoles, que solamente añaden que se tomaron seis banderas. Los ingleses echan la culpa de esta desgracia al comandante Venables, ora por haber hecho el desembarque en mal paraje contra las informaciones que se le dieron en Inglaterra, ora por haberse fiado de unos negros espías que condujeron el ejército a una celada que tenían los enemigos dispuesta; mas si hemos de dar crédito a los viejos isleños, que por relación de sus mayores sabían cómo había pasado aquella acción, ésta sucedió de otra manera, y la referiremos como la oyó don José Julian Parreño, de quien la recibimos, y de quien hago mencion en este lugar en testimonio de gratitud. Desembarcadas las tropas inglesas y marchando para la capital, les cogió la noche en paraje muy húmedo como es toda la costa. Comenzaron á oír un ruido extraño, que con la noche se fué aumentando, y se figuraban que un tropel de caballos con algún ejército se acercaba, y **no era otra cosa que el ruido de los cangrejos, que en la primavera es en aquella costa intolerable**. Este estruendo en país enemigo, desconcertó a los ingleses, que no pensaron sino en salvarse en los navíos. Entre tanto, los nuestros, que espiaban sus movimientos, viéndolos desbandados, viniéronse a ellos, y en aquella noche los desbarataron, dejando en el campo los seis mil muertos que dijimos y teniéndose por felices los que llegaron al embarcadero.

De uno ó de otro modo que haya sucedido esta acción, viendo los ingleses que sus esperanzas se habían frustrado, temerosos de volver á Inglaterra, en donde seguramente el mal éxito de aquella expedición se había de atribuir a los jefes, juntaron consejo de guerra y resolvieron compensar aquella desgracia con la toma de

Jamaica. En efecto, embarcadas las tropas y pertrechos, se hicieron á la vela en demanda de aquella isla, persuadidos á que en la diligencia estaba la buena ventura. Llegados allí el 3 de mayo, desembarcaron sin oposición,⁷ porque aquellos colonos ignoraban no sólo los sucesos de la Española, sino aún que tal escuadra surcara aquellos mares. El general Venables, para evitar otra como la pasada, publicó en el campo que se dispararía contra el inglés que se apartase de las banderas. Dada esta y otras providencias, marchó á Santiago, capital de la isla, con el fin de sorprenderla si podía, como sucedió, pues la primer noticia que tuvieron en aquella ciudad, fué tener á sus puertas al enemigo. Estos isleños en aquel tiempo, sin duda por descuido, vivían tan desprevenidos, que en nada menos pensaban que en su defensa, sin acordarse que en **1599 Antonio Shirley había saqueado aquella plaza**, y que en 1693 el coronel Jackson, también inglés, hubiera hecho lo mismo á no haberse rescatado con buena suma de dinero. En tan repentino lance, el arbitrio que se le ofreció al gobernador para salvar la isla, fué proponer á los ingleses entregar la plaza con ciertas condiciones que de propósito eran equívocas, para dar tiempo al tiempo y salir de aquel aprieto. Entre tanto proveyó abundantemente el campo enemigo de víveres, y sobre todo, extremóse en despachar continuos regalos al general Venables y á su mujer, que hacía tambien aquella jornada; al mismo tiempo á la deshilada fué poniendo en salvo las municiones de guerra y boca con cuanto tenían aquellos ciudadanos, enviando por delante los viejos, mujeres y niños, y en el silencio de la noche el gobernador con los magistrados, soldados y vecinos, abandonaron la ciudad y se retiraron á un monte bien defendido por la naturaleza, con la esperanza de acudir desde allí á lo que la suerte ofreciera. Los ingleses al día siguiente enviaron sus patrullas como acostumbraban á correr el campo: una de estas que se acercó más á la ciudad, observó que no se veía gente, lo que picó la curiosidad, y la paseó alrededor, y hallando que ni en las puertas había guardias, ni centinelas apostadas en las avenidas de la ciudad, temerosa de alguna estratagema, dió la vuelta al campo á referir á su general lo que había observado. Este despachó á toda diligencia un piquete de

soldados que no sólo confirmó la otra relación, sino que añadió que los españoles habían desamparado la ciudad y que no se hallaba uno de quien tomar lengua. Desengañado el inglés, movió su campo y entró en Santiago. Allí, dejado en la plaza de armas un fuerte destacamento, corrieron los soldados al saqueo. **Entonces el general entendió la astucia del gobernador, quien con capa de rendir la ciudad había puesto en salvo los bienes de los vecinos sin dejar cosa en que pudiera saciarse la codicia inglesa**, los cuales airáronse de esta pieza que se les había jugado; pero no hallando en quien desfogar su cólera y viéndose en país enemigo, les entró un cierto horror y temor de algún repentino ataque, y así volviéronse á la plaza de armas, en donde se fortificaron. En este estado de indiferencia pasaron algunos días, cuando comenzaron á enfermar de calenturas, como regularmente acaece á los forasteros en aquellos climas: agregóse á esto que se escaseaban los mantenimientos, y llegó a tal extremo la necesidad, que se trataba de abandonar aquella empresa, como hubiera sucedido, á no haber caído una ronda de españoles en mano de los ingleses, de quienes supieron la guarida de los suyos. Alentados con aquellas noticias, se resolvieron á llevar al cabo aquella expedición. A la historia de Méjico poco conduce el referir lo que en aquel intermedio sucedió en Jamaica; **bastará saber que desde ese tiempo fué en decadencia el comercio de la Nueva España.** El gobernador de Jamaica luego que se vió sin fuerzas bastantes para echar á los ingleses de la isla, acudió á la Española, Cuba y reino de Méjico: el virrey duque de Alburquerque le respondió luego que procurara sostenerse ínterin le despachaba los refuerzos que había mandado alistar.

1656. Nombrados los oficiales que debían comandar el tercio que el duque de Alburquerque⁸ enviaba al socorro de Jamaica, en el siguiente año en las embarcaciones prevenidas de antemano pasaron á aquella isla, con tanto consuelo de los vecinos de esta, cuanto que sus cosas habían ido de mal en peor, pues los ingleses habían cobrado nuevos bríos con el descubrimiento de las vegas en que pastaba el ganado vacuno, y el frecuente hallazgo de los bienes de los vecinos de Santiago. No obstante que el valor del tercio que de Méjico había llegado más

de una vez hizo temer á los enemigos que no podrían conservar lo que con tanta facilidad habían adquirido. La guerra que se hizo fue galana, no pudiéndose juntar un ejército que en campo abierto decidiera de la suerte de aquella isla. Con este arbitrio sorprendieron los españoles varios piquetes enemigos; pero ó por una de aquellas fatalidades que son frecuentes en la guerra, ó mas bien por los socorros que los ingleses recibieron de las Bermudas, y acaso de la Europa, **el tercio de mejicanos fue poco á poco debilitándose,⁹ y por último fue des-
trozado.**

¹ Vida de Cromwell, tom. 2 cap. 5, en la Haya, por Jacobo John.

² Gage, tom. 2, p. 4 cap. 5.

³ Vida de Cromwell.

⁴ Historia, fol. 123.

⁵ Eguiara, Bibliot. Mejicana, fol. 413.

⁶ Don Antonio Sánchez Valverde, idea del valor de la Española, cap. 14.

⁷ Historia de Jamaica, fol. 154.

⁸ Historia de Jamaica fol. 157.

⁹ Betancourt, tom. 1, Trat. de Méj. cap. 2.

Tomado de: Los tres siglos de Méjico. Andrés Cavo, 1852.

"EL TIEMPO" (PERU)

CORTES A LA LUZ DEL PSICOANALISIS

José H. Estrada Morales

La vida y obra del conquistador de México, Hernán Cortés, que han sido estudiadas tan meticulosamente por historiadores de prestigio —como Prescott o José Toribio Medina— han merecido un nuevo enfoque. Su autor es el ilustre hombre de letras mexicano y Director de "Norte: Revista de Hispanoamérica", Fredo Arias de la Canal y su título "Intento de Psicoanálisis de Cortés".

Aplicando los descubrimientos sobre la mecánica mental de Edmundo Bergler, el señor Arias de la Canal, hurga seriamente, con minuciosidad de hombre de estudio, en la personalidad sugestiva y apasionante del conquistador extremeño. Como lo hiciera anteriormente, con la misma devoción, al ofrecer la interpretación psicoanalítica de personalidades como Cervantes, Ramón y Cajal, Díaz Mirón y otros.

En este nuevo trabajo, traducido en un opúsculo de más de veinte páginas y llegado a nuestras manos por gentileza del autor, nos presenta un Cortés íntimo, con sus virtudes y aberraciones humanas. Su cuadro psíquico, según el señor Arias de la Canal, es el mismo que distinguió a Cervantes o sea el de "una profunda regresión oral, neurosis básica y adaptación inconsciente masoquista".

A través del desarrollo del tema el autor, muy bien documentado, va exponiendo las diversas fases de la personalidad de Cortés, al par que explicando los fundamentos de su perfil psíquico. Nos lo presenta, primero, como un esclavo de la pluma, igual que Cervantes y recuerda que Madariaga lo señala como el primer literato mexicano en la historia.

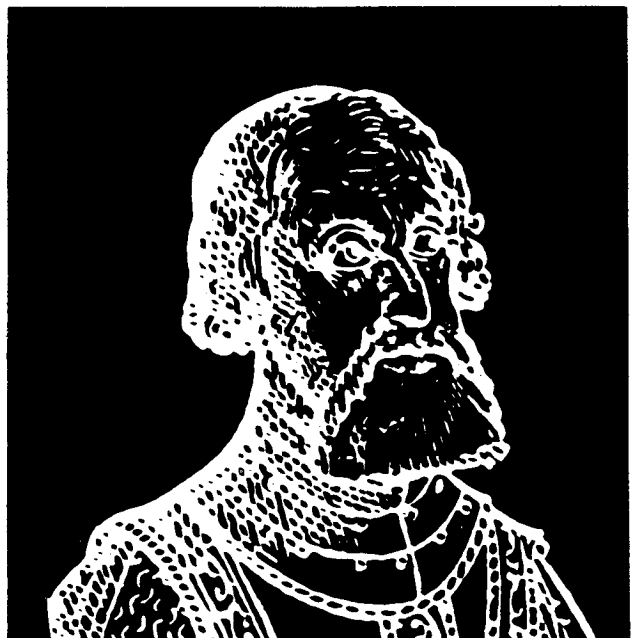
Como conquistador que es, Cortés es amante de la libertad, jugador empedernido y autor de hazañosos gestos. Reacio a la pasividad, toda su vida es más bien un constante moverse, buscando nuevos mundos. No quiso las ataduras de Salamanca y prefirió los viajes por lugares ignotos. Cuando llega a la Española contesta al secretario del gobernador: "Ni en ésta ni en ninguna otra isla de este nuevo mundo deseo yo ni espero estar tanto tiempo".

Cortés, como hombre que es, muestra una naturaleza variada. A veces con rasgos característicos sobresalientes, positivos —lealtad a la corona, defensa de los dé-

biles, respeto por el honor— pero también con gestos aberrantes que expresan defecciones originadas en la misma cuna. Por eso, se le ve hidalgo, blandiendo su espada por su rey ("Por mi rey daré la vida; si ha lugar. Más la honra tan querida, sólo a Dios se puede dar") como también dando muerte a Catalina Juárez o recibiendo latigazos como expresión de autoagresión.

Las apreciaciones psíquicas de Cortés —todas hechas con profundo conocimiento al par que con gran amor— son seguidas luego por las versiones personales de ilustres historiadores alrededor del conquistador de las tierras aztecas. Se considera fragmentos de trabajos de Prescott, Lucas Alamán, del polígrafo chileno José Toribio Medina y de Salvador de Madariaga. Todos estos conceptos sirven para redondear la imagen de Cortés en su estructura psíquica.

El trabajo del señor Arias de la Canal es sumamente valioso y su conocimiento e interpretación es indispensable para todo aquel que desea entender con fidelidad la multifacética personalidad del conquistador de México. Es en suma, un aporte de gran relieve a la cultura americana; novedoso y medular.



LOS ARABES

Antonio Conde

De la venida de Abderahman á España.

En el día diez de la luna de Rebie primera del 755 año ciento treinta y ocho desembarcó Abderahman ben Moavia en Hisn Almunecâb¹ con hasta mil caballos de las tribus Zenetas. Los Xeqes principales de Andalucía le estaban esperando, y luego salió en tierra le juraron obediencia tomándole la mano: el pueblo, que habia concurrido gran muchedumbre, gritó con alegría, Dios ensalze á Abderahman ben Moavia, Rey de España: corrió la fama por toda la parte meridional de España, y en pocos dias se le allegó la gente mas granada de los Muslimes de España de todas las tribus: en especial la juventud toda tomó su voz, y se declaró por él, deseando do todos manifestarle su voluntad de servirle. Estaba entonces Abderahman en la flor de su juventud, era de mucha gentileza, de noble y hermoso aspecto, blanco, de color sonrosado, grandes y bellos ojos zarcos muy animados, y de apacible y majestuoso mirar, de buena estatura, alto y no grueso: acrecentaba su hermosura la alegría y satisfacción que le producía el general aplauso de los pueblos, que á porfía le manifestaban su contento y sus deseos de servirle. En pocos dias se juntaron á los Xeqes que seguían al Rey Abderahman mas de veinte mil hombres de las comarcas de Elbira, Almería, Málaga, Xerez, Arcos y Sidonia. Cuando llegó á Sevilla, la ciudad salió á recibirle, y le proclamó con la mayor alegría; y llegaban comisionados de otras ciudades á ofrecerle sus servicios y obediencia.

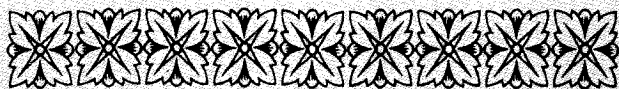
Todo lo sabía Jusuf el Fehri, y todo le desesperaba y llenaba de indignacion, maravillándose de la ligereza y veleidad popular, y mas todavía de la perfidia, así la llamaba él, de los Xeqes de las tribus Arabes y de Syria: de la traicion de los caudillos Egipcios de las ciudades de la Costa, que cierto no esperaba de ellos esta deslealtad. Dió órdenes á su hijo Abderahman para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, en tanto que en compañía de Samail allegaban la gente de las capitánias de Mérida y de Toledo, enviando á sus hijos Mahomad y Alcasim á las provincias de Valencia y de Tadmir, para prevenir la gente de ellas y mantener en ellas su partido.

¹ Hisn Almunecab, fortaleza de Almunecab, ó de las lomas, ahora decimos Almuñecar.

Tomado de: Historia de la dominación de los árabes en España.







LA SEARILA

Antonio Cuervo y Castrillón

Solitaria mansión del sepulcro,
Sólo en ti mi esperanza se encierra,
que, perdido mi amor, es la tierra
un abismo de mal para mí.
Negro abismo que ahoga implacable
en un mar de tristezas mi alma.
¡Que de Dios la piedad me de calma,
ay, Searila, reuniéndome a ti!

Un profundo clamor en mi pecho,
que te llama y evoca constante,
sin que pueda acallarlo un instante
de mi vida angustiada y febril.
Espantosas tinieblas me cercan
y entre ellas venirme a mí veo.
¡Fantasía! ¡Ilusión del deseo!
¡que, ay, Searila, no vienes a mí!

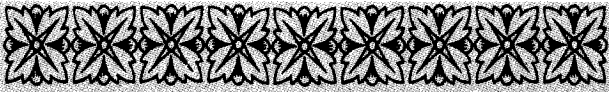
¡Cuántas veces gozosa conmigo,
embarcada de amores suaves,
escuchaste el cantar de las aves
en las dulces mañanas de abril!
Poco tiempo duró nuestra dicha,
¡y cuán presto acabó mi fortuna!
pues no quiero tampoco a otra alguna
¡ay, Searila, viviendo sin ti!

Pavorosa visión yo recuerdo
cuando trémula tú me decías
que en fatídicos sueños veías
de tu tumba la lápida abrir.
Del destino cruel anticipo
que alejaba de mí la alegría,
se cumplió la fatal profecía,
¡ay, Searila, pues vivo sin ti!

“En tus brazos morir, ¡qué consuelo!”
conmovida otra tarde dijiste.
¡Infeliz! Ni siquiera me viste
expirando apartada de mí.
Niña aún y tan sola muriendo,
¡cuán amargo el morir te habrá sido!
sin oír el acento querido!
¡ay, Searila, anhelado por ti!

De la vida en el último aliento
tu tristesima voz me llamaba.
¡Desdichado de mí! ¿Dónde estaba
que a tu angustia no pude acudir?
Por los campos buscando tu huella
yo corrí con frenético empeño,
y hoy, perdido, pareceme un sueño,
¡ay, Searila, que viva sin ti!

Yo corrí desolado y ansioso
por caminos que incendia la guerra,
y al llegar, ¡ay de mí!, bajo tierra
yerta, inmóvil, sin vida te vi.
A la luz de la lívida luna.
tu belleza que intacta aún estaba,
con pupila sin fuego miraba,
¡ay, Searila, posándose en mí!



De tu yerta cabeza, la seda
yo corté con mi trémula mano
y tus sienes de hielo, en vano,
con mi llanto y mi beso encendí.
Entre flores, mi Rosa, una rosa,
con su pompa y sin par lozanía,
roto el féretro yo te veía,
¡ay, Searila, mirándome a mí!

Tu recuerdo mi alma devora,
y hasta el fondo taladra mi pecho,
sin poderme sentir satisfecho,
que apetezco cual nadie sufrir.
Lo apetezco y la vida me enfada,
y así más me consumo y me mato,
pues no quiero me acuses de ingrato
¡ay, Searila, si vivo sin ti!

Abomino de vida sin cielo
donde ver de tu sol los fulgores,
que risueñas no alegran las flores,
cuando el alma se siente morir.
Y alegrarme jamás ya no puedo
ni pagarle al amor más tributo,
ni otras glorias al mundo que el luto,
¡ay, Searila, que llevo por ti!

Sola ahora y por todos dejada
en el lecho sin fin de la muerte,
pues no hay nadie que aquí venga a verte
si no viene tu amante infeliz.
Soledad a tu lado es mi vida,
que sin ti toda vida es desierto;
no respiro, mi ser ya está yerto,
¡ay Searila, si no es junto a ti!



Navegando la pálida luna
por la bóveda inmensa del cielo,
que comprende parece mi duelo
y no quiere como antes lucir.
De la noche durante el silencio
tu sepulcro besando acompaña
y en tristeza profunda se baña,
¡ay, Searila, velándote a ti!

Mustia ahora la frente doblada
sobre el pie de la lápida fría,
yo te espero, ¡oh mortal agonía!
como el ángel que mira por mí.
Yo te llamo, el momento se acerca
que en el cielo, felices y amantes,
nuestras almas se junten como antes,
¡ay, Searila, pues muero por ti!

DISCORDIA SANGUINEA

Alfonso Trueba

Al cumplirse 450 años de la fecha en que Hernán Cortés, a la cabeza de unos pocos españoles y millares de indígenas, tomó la ciudad de Tenochtitlan, se escucharon voces indicadoras de que todavía, en esta segunda mitad del siglo XX, los mexicanos no hemos alcanzado la lucidez necesaria para firmar la paz entre las dos razas que viven y están destinadas a vivir unidas en el estrecho recinto de nuestras propias venas.

El biógrafo Salvador de Madariaga ha escrito que, de los desengaños de Cortés, el más amargo de todos sería el ver que la nación con que soñó no ha llegado todavía a encontrar su alma porque "injerto de una raza en el tallo de otra, todavía no ha llegado a dar de sí el concepto y el sentido claro de su ser y de su destino, y vive en agitación constante, en duelo perpetuo entre las dos sangres, de modo que todos los días muere apedreado Moctezuma y muere ahorcado Guatemocin, y todos los días el blanco conquista al indio en el alma del mexicano".

La observación nos parece incompleta, pues no sólo muere todos los días apedreado Moctezuma, sino que se suceden las "noches tristes" en que el conquistador llora bajo el árbol legendario, suena el tambor que ponía grima en el ánimo de Bernal Díaz y alienta el deseo no confesado de reponer en su sitio el tajón de los sacrificios para tender sobre él la víctima y luego echarla a rodar, hueco el pecho, gradas abajo del templo.

La secular discordia mexicana, más que doméstica, es sanguínea, intravenosa. La enemistad del hombre al hombre es, en su raíz, enemistad consigo mismo. Se amotinan bajo nuestra piel los diversos elementos de que estamos formados y hay una lucha ciega dentro de los oscuros canales de nuestros cuerpos.

Al recordarse el lluvioso día de agosto en que con la rendición de Cuauhtémoc finalizó el sitio de Tenochtitlan, fue evocado el "mundo libre y feliz", frágil como una olla de barro, que las patas de los caballos conquistadores brutalmente quebraron.

No podían faltar, en ceremonias oficiales, los certeros venablos arrojados contra la armadura de hierro de Cortés, representando como la viva encarnación de la rapiña, el furor y la muerte.

Pero entonces se rebela la otra parte del ser mexicano que reclama prestar el haz y el envés de aquel imperio hundido para siempre en las aguas sangrientas de Tenochtitlan el 13 de agosto de 1921. Y estas voces nos dicen que Cortés aparece en el suelo de Anáhuac como un verdadero libertador. El manda abrir las cárceles (**cuauhcalli y petlalcalli**) donde se engordaban indios para ser sacrificados y comidos; él derroca de sus adoratorios a los ídolos ante los cuales morían más de veinte mil personas al año; él viene del otro lado del mar para proteger con su espada a los que "con gemidos y clamores demandaban a Dios ser socorridos, pues padecían muerte injustamente"; él quitó el yugo que sufrían los pueblos, abatió el poder de los tiranos y no hizo sino ponerse a la cabeza de los oprimidos para establecer un nuevo orden.

"Y no nos cuenten", agrega el mexicano que muestra el envés de la cultura nativa, "que aquél era un mundo idílico y placentero". Su figura más característica es el sacerdote de teocali que hedía peor que los mataderos de Castilla. Era un mundo homicida, dominado por el terror.

"Lo que a Cortés no se le perdona es que haya abierto las puertas a los humanistas más puros y genuinos que registra la historia: los evangelizadores cristianos. Gracias a la espada de Cortés pudieron venir fray Pedro de Gante y Motolinía, Zumárraga y Garcés, Sahagún y Vasco de Quiroga. Estos hombres, y los jesuitas del siglo XVII, y los franciscanos que en el XVIII seguían extendiendo las fronteras de la patria, vinieron a sentar las bases de la civilización y la justicia reflejadas en el acero de Cortés".

La disputa sigue y seguirá hasta que superemos la antítesis indigenismo-hispanismo en la síntesis mestizaje, y nos reconozcamos hijos no sólo de la raza vencida sino también de la vencedora.

PROPUESTA INESPERADA

Victoriano Salado Alvarez

En principios de aquel año de 1909 fue nombrado embajador el señor D. Francisco de la Barra. No podía haberse hecho elección más acertada ni que recayera en sujeto de prendas más relevantes que las del antiguo ministro en Bélgica.

Luego que se me comunicó el **agreement**, dispuse lo necesario para recibirlo en la casa de la Embajada; pero como ésta estaba en gran parte deshalajada porque los embajadores habían ido trayendo al país los muebles que compraban, dispuse alojarlo en el hotel New Willard, a reserva de que el mismo señor De la Barra designara después la forma en que había de amueblarse y decorarse la casa de México.

En alguno de sus libros, Carlos Pereyra acusa a nuestros gobiernos de roñosidad y tacañería, sosteniendo que habían colocado nuestra misión principal en un barrio indecoroso, frente a una tienda de abarrotes y rodeado sólo de establecimientos comerciales.

Esa es ahora la verdad, pero cuando el edificio se compró (por cierto a costa de grandes afanes y sacrificios y mediante combinaciones muy sutiles de D. Matías Romero, que consiguió le recibieran en pago sumas insignificantes) el barrio era de los mejores, a una cuadra de la Secretaría de Justicia, a dos de la Casa Blanca y a inmediaciones de todos los grandes hoteles de aquella época —Willard, Arlington, Shoreham, Pennsylvania, Willson— y muy cerca de la avenida Connecticut y de la calle F.

En la misma situación se hallaban las embajadas de Inglaterra y de Francia, la del Japón y hasta la de Alemania, a pesar de encontrarse ésta en un lugar muy pintoresco de la avenida Massachusetts. Por otra parte, nuestra casa era un buen edificio que no convenía malbaratar o abandonar, y aunque la vegetariana y real **estate woman**, Mrs. Henderson, planeaba ya la que quería llamar avenida de los Presidentes, avenida de la Casa Blanca, y de otras muchas maneras rumbosas y elegantes, para vender los terrenos cercanos a un castillete copiado de los auténticos no sé si de Inglaterra o de Alemania, en 1910 se habían construido ya las embajadas de Francia y de Suecia y se trazaba la del Japón; pero todas las misiones continuaban en sus viejas residencias.

Dicen que ahora la calle está convertida en un emporio de residencias oficiales y que la imitación de castillo de Mrs. Henderson, con su poterna, puente levadizo, torreones y torre del homenaje, es como una verdadera y auténtica fortaleza medieval.

La castellana, que entiendo vive todavía, era ya entrada en días y solía obsequiar a los diplomáticos con cenas muy finas en que aparecían centuriones semejantes a los que se colocaban en la mesa de Nerón; carpas tremendas a estilo de las que se pescan en los países septentrionales; grandes trozos de venado o de ternera arrojando sangre; perdices de las que se matan en los trigales de Europa, pasteles de liebres y conejos de los que se comen en los restaurantes sólo frecuentados por **gourmets**. . . Y todo aquello estaba fabricado con alcachofas, zanahorias, nabos y otros ingredientes en que no entraba jamás la carne ni cosa que se pareciera a animal muerto.

La llegada del embajador ocurrió con todo el ceremonial posible, yendo todo el mundo de uniforme y acompañados por escoltas de dragones marcialmente uniformados.

Yo había conocido ya a Roosevelt cuando tuve que presentarle a los comisionados del Congreso de Recursos Naturales, que lo fueron el ingeniero D. Miguel A. de Quevedo, D. Rómulo Escobar y alguna otra persona.

Roosevelt, con su miopía, su prognatismo, su peculiar manera de hacer cortesías y su sonrisa constante, fue el último amigo que tuvimos en los Estados Unidos. Trataba a nuestro embajador con cariño especial, y una noche le hizo una propuesta tan curiosa como inesperada:

—Yo reconozco —le dijo— que despojamos a ustedes injustamente de los que ahora son Estados nuestros del Sur y del Oeste; pero, consumada esa iniquidad, no podemos, aún queriéndolo, repararla porque equivaldría a deshacer los Estados Unidos y a cambiar todo nuestro modo de ser. En lugar de eso, y para que se convenzan de nuestra buena voluntad, propóngale usted al general Díaz que ensanche sus dominios hacia el Sur y tome cuanto quiera de Centro y Sudamérica.

De manera tan expedita arreglaba el Bull Mouse el **status** internacional de los países de América, y así nos demostraba sus preferencias.

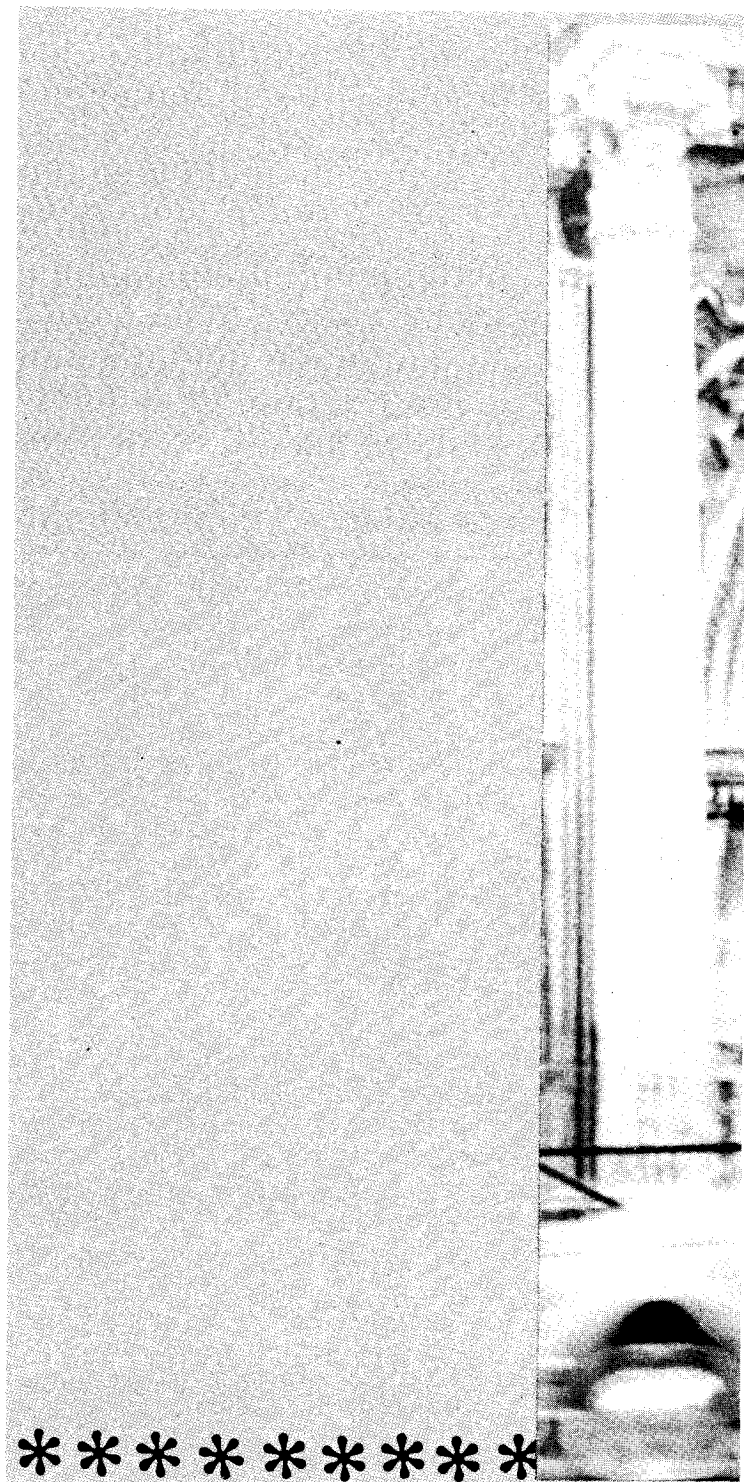
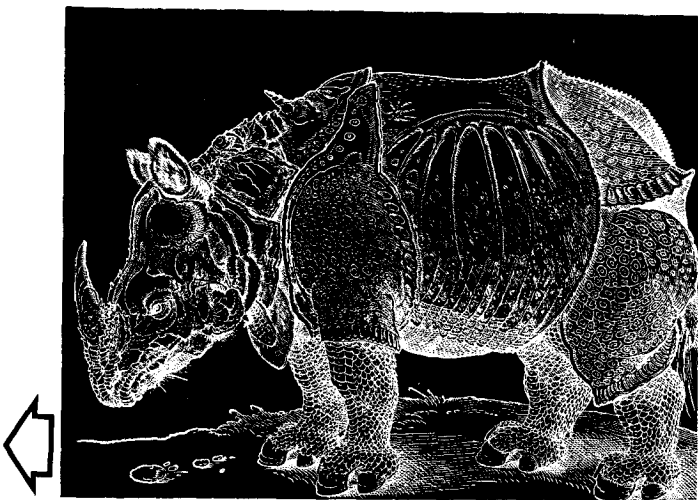


El embajador respondió, cohibido, que aunque agradecía de todo corazón en nombre de su Gobierno aquellas muestras de cordialidad, no creía que fuera posible que aceptaran, porque México, **desde los remotos tiempos de Filisola**, nada había tomado ni conquistado nada y que carecía del Ejército, la Marina y la Hacienda necesarios para emprender obras tan trascendentales como las de **The man who took Panama**.

No se achicó por esto el Nemrod africano y amazónico, y con mucha naturalidad le dijo al señor Creel que, enfadados los Estados Unidos de tener algo que en inglés equivale al cubo de la **Piolheria** de que hablaba el rey don Carlos, quería acabar a toda prisa con **esas nacioncillas que daban constante quehacer a los Estados Unidos** sin producirle sino disgustos. En cuanto a Ejército y Marina, que no desconfiara nuestro Gobierno, pues contaba con los de los Estados Unidos.

Naturalmente que si la forma obligaba a mi jefe a recibir con atención y deferencia proposiciones tan absurdas, el general Díaz no dejó de confirmar semejante parecer, por más que con lo expuesto ya por nuestro representante bastaba y sobraba para dar cumplida respuesta a las ideas de Roosevelt respecto al expansionismo.

Tomado de: **Memorias** Tiempo nuevo. E.D.I.A.P.S.A. México, 1946.



CON GERMAN PARDO GARCIA



Pardo García es uno de los grandes poetas de América cumplido ya tal como lo anunciara Gabriela Mistral tras la lectura de su libro **Júbilos Ilesos** en una carta hoy histórica fechada en Madrid el 25 de octubre de 1933.

La obra de Germán Pardo García es no solamente rica en calidad, sino que lo es también en cantidad. Desde el año 1930 en que aparece su libro **Voluntad** hasta el año 1971 en que da a la luz pública su **Apolo Thermidor**, el poeta no ha dejado de crear. Ahí está su larga bibliografía: **Los cánticos**, **Los sonetos del convite**, **Poderíos**, **Presencia**, **Claro Abismo** y muchos títulos más que dan fe de su fuerza creadora constante.

Sí, Pardo García, es un poeta de grandes alientos y sorprendentes perfecciones. Leopoldo de Luis ha dicho de él: "Germán Pardo García, voz al rojo vivo de América". Y ha sido llamado "Voz última y profética", "Voz de la tierra. Tierra misma".

* *

Con este poeta, con este hombre singular, "voz al rojo vivo de América", platicamos en su casa, en esa su casa que es también cueva de ermitaño, estación de fructíferos partos y campo de elevación de su pensamiento joven. Porque Pardo García, aunque nacido en Colombia en 1902 y habitante de la ciudad de México desde 1951, sigue siendo un hombre joven, joven y fuerte, intelectual y físicamente.

Delgado como el alambre, pero resistente como el acero es este Germán Pardo García. Hay una fuerza en él que nos causa admiración y una ligereza casi de ave en vuelo que nos sorprende. Sí, el poeta Germán Pardo García parece haber hecho un pacto con el tiempo, pues el tiempo pasa por él sin destruirlo. Es toda vitalidad.

Pero entremos en su casa, en esa ecuación indespejable donde el álgebra y la mística matrimoniales cantan, se transforman en altísimo vuelo poético. Ya dentro no sabemos si hemos penetrado en el pasado o en el futuro, tal vez en ambos adjetivos hemos puesto los pies, conjugándolos con misteriosos adverbios y con verbos mágicos.



Y se rompe el silencio, para hacerse humanidad en el recuerdo y en la voz del poeta.

—Háblenos de su ayer —le decimos.

Un aire como de cuarta dimensión invade la estancia. Nosotros, mientras Germán Pardo García piensa, recuerda, recitamos por dentro los dos últimos tercetos de un soneto suyo de **Apolo Thermidor** que dice:

porque así es el instante en que la vida
regresa de galácticos desiertos
y cuando puede, al orbe sometida,
contemplar con los ojos abiertos,
la cuarta dimensión desconocida
donde cantan los pájaros ya muertos.

De pájaros “ya muertos” nos habla el poeta.

—Yo no conocí a mi madre, yo tenía dos años cuando ella murió. A su muerte, mi padre, que a la sazón ocupaba el alto cargo de Presidente de la Corte Suprema de Justicia en Colombia (1905), al quedar viudo y sin nadie que cuidara a mis hermanos prematuramente huérfanos y a mí, nos puso al cuidado de un ama y bajo cuya tutela nos trasladamos a unas pequeñas propiedades agrícolas que mi padre tenía en las estribaciones de los páramos andinos, en el centro de la gran cordillera oriental.

Allí, en aquellas enormes soledades, se conformó mi espíritu de acuerdo con una vida en extremo dura y en un ambiente de profunda, maravillosa y en ocasiones agobiadora soledad. A más de 3,500 metros de altura se desarrolló mi infancia y mi primera juventud, al contacto con los seres legítimos del mundo, los humildes agricultores colombianos. De ellos y a su arrimo, conservé para el resto de mi vida una capacidad íntima para el amor a la tierra. Todo lo que pueda existir en mi posterior trabajo poético, iniciado hacia 1915, lo debo a los jornaleros de la tierra colombiana. Yo mismo, jamás he podido ser otra cosa que un agricultor que, en medio de las grandes metrópolis, Roma, París, Madrid, México, se siente extraño y no desea otra cosa que tornar a consumir sus postreros años en el agro colombiano.

Germán Pardo García casi cierra los ojos para ver... Ah, los páramos andinos.

NORTE.—Su primer libro, tenemos entendido, que fue **Voluntad** (1930). Pero díganos todo lo que recuerde de lo que escribió antes.

G. P. G.—En realidad mi primer libro fue **Voluntad** y apareció en Bogotá el año de 1930. Pero con anterioridad había escrito más de doscientos poemas, ahora perdidos, porque no es posible rescatarlos de tanto periódico y revistas en donde aparecieron. Lo primero que pude reunir fueron los pocos poemas coleccionados en **Voluntad**, trabajo inicial que se resintió de calidad consumada, “si bien aquí y allá, apuntaban”, como dijo Gabriela Mistral al referirse a ese libro, y al comentar el inmediato posterior: **Los Júbilos Ilesos**, “asomos de verdadera poesía”, comencé a escribir poesía en 1915, bajo la inspección severa de uno de los más grandes clásicos que Colombia y América han tenido: don Antonio Gómez Restrepo, figura cimera aun en España, en donde se le ha llamado “el Menéndez Pelayo de América”.

El resultado de aquella vigilancia del maestro Gómez Restrepo fue el aprendizaje, riguroso, hasta de los últimos secretos de la retórica. Por ello se ha observado que uno de los fenómenos fundamentales de mi trabajo poético es la adecuación a lo más claro del clasicismo, que, opinan, he sabido aligerar de lo que ya no es posible aceptarlo, para ser transformada por mí en poesía contemporánea, pero sujeta al rigor de la lucidez de los mayores clásicos de España.

Precisamente en estos días, un crítico mexicano escribió un breve ensayo sobre la totalidad de mi poesía, y la llama: “Germán Pardo García, el último de los clásicos”.

NORTE.—Cambiando de tema. ¿Qué sabe usted como hombre y poeta de la soledad, de esa soledad que aquí en su casa se respira, casi se palpa?

G. P. G.— Toda la razón física y mental de mi existencia se apoya en la soledad. El hombre que cuando niño toleró, como yo lo hiciera, los indecibles páramos colombianos, no podrá, para el resto de su vida, desalojarlos de su alma. La grandiosidad de los yermos páramos de América estructura una especie de hombre producto típico de este Continente fantástico: el hombre de las cumbres andinas, reciamente solitario, cósmico por



nacimiento y por atavismo, el ser ontológicamente solo sobre el mundo, sin más compañía que la montaña, la bruma y su habitante: la bestia. Esencialmente soy un producto físico y espiritual de los Andes colombianos. Detrás de toda mi obra está la fuerza de esta naturaleza brava, hostil para el hombre que le es extraño, pero hospitalario, amante para sus hijos desamparados.

NORTE.—Usted “por medir la oscuridad / gritó en la angustia”. ¿Qué sabe de la angustia?

G. P. G.—La angustia ha sido otra de las constantes de mi obra. No es posible explicarlo con términos usuales, pero intentaré hacerlo: se nace angustiado como se nace blanco o negro. Extrañas confluencias, motivadas, como dice la ciencia, por los hereditarios genes, dotan al ser, lo predestinan, a la angustia. Son complejos procesos anatómicos, viscerales, acaso, que dan como producto otro ser tan típico en la naturaleza, como el forjado por la congelación de los páramos: el hombre angustiado. El prodigioso siquiatra francés Dupré podrá ilustrarle a usted más que yo mismo sobre esas profundidades del hombre actuando en función de la angustia por génesis. * (Obsérvese la alusión que se hace a la genética, por desconocer la adaptación masoquista infantil). Yo he dedicado muchos poemas, específicamente, al canto de la angustia. Pero en total, soy un sumando directo de la angustia, dentro de una cantidad absoluta de cifras abstractas.

Una angustia tremenda llena la casa y las paredes parecen que van a estallar de angustia. El caballo del silencio cabalga con su jinete angustiado por mi imaginación. Germán Pardo García pierde sus ojos —¿angustiados?— por los rincones. El pito del camotero que pasa por la calle nos hace volver al otro tiempo, al presente, pienso yo, sin angustia, o por lo menos con la angustia atemorada.

NORTE.—¿Qué canciones populares de su país y de su infancia recuerda en este momento? —le preguntamos para aligerar la tensión angustial.

G. P. G.—En realidad, lo típicamente popular colombiano no está presente ni en mi vida, ni, en consecuencia, en mi obra, por una razón fácil de ser explicada: la parte geográfica de Colombia en donde crecí, no es la

que está decorada por los maravillantes colores tropicales, ni por la música de un pueblo que al contacto con el color, con los grandes ríos, con la musicalidad de la fronda frutal, se convierte en pájaro poblador de esa misma floresta, canta como las alondras y se viste de color como las frutas.

Mi zona geográfica es el páramo gris y sin otro sonido que el huracán nocturno, que arredra y empavorece. La niebla eternamente blanca lo envuelve a uno por completo, le aguza, eso sí, el oído, y por medio de este sentido que en cierto modo reemplaza en la tiniebla a los ojos, oye uno la única música del páramo: un pajarillo gris, mimetizado por completo con la naturaleza, asimilado al color del esparto de la paja: **el diostedé**, que emite únicamente tres notas monocordes, que le dan al sombrío paisaje un encanto misterioso y desgarrador.

NORTE.—Bien. Háblenos hoy, como en **Los Sueños Corpóreos**, de los colores y de cómo han evolucionado para usted?

G. P. G.—**Los Sueños Corpóreos** es quizá el libro mío en donde la angustia se sublimó y alcanzó zonas extraterrestres. Un sagaz crítico colombiano llamó a este libro **la metafísica de la angustia**. Todo lo humano que esta sensación síquica tiene, sus enigmáticos trasfondos, se transformó en **Los Sueños Corpóreos** en una evasión hacia unas zonas que el gran Tito Lucrecio Caro fue el primero en llamar **la metacomia**, es decir, una porción del universo intermedia entre nuestro cosmos más o menos tangible y las dimensiones en donde comienza a operar la mentalidad de un Einstein, capaz de intuir hasta el más pequeño ruido de las esferas, ya escuchado por los insignes pitagóricos.

En **Los Sueños Corpóreos** el color existe como una transformación ultraterrena de las evoluciones de la luz. Aquí se cumplen los fenómenos de la claridad desintegrándose o volviéndose extraña refracción, dentro de una gota de agua o en la franja de una nube distante, que de pronto, en lapso de segundos, cambia de forma y coloración.



Este es el único color que aparece en mi obra: el **metafísico**, no como concreción filosófica, sino como algo que está más allá —como la semántica de este fonema lo dice— de la naturaleza.

Para poder entrar en la verdad desnuda de este libro, se necesita, por desventaja para mí, de una iniciación en ciertos misterios, como todos los grandes misterios, esotéricos. Esto es algo que, repito, priva sobre toda mi obra: el que quiera penetrar en el núcleo de mi obra, debe estar dotado de un principio de esotéricos secretos.

NORTE.—Por desgracia para nosotros, maestro, aún no estamos maduros ni lo suficientemente “iniciados” para ir tan dentro en su poesía. Pero algo entendemos. En uno de sus sonetos usted dice: “Así la gloria del amor fue mía”. Bien. ¿Qué ha sido para usted el Amor?

G. P. G.—El amor en mi vida y en mi obra han sido una penetración del ser en la naturaleza misma. En mi poema “Mujer Naturaleza”, algo de lo menos deficiente que yo he logrado crear, está perfectamente explicado: una simbiosis de mujer-tierra. Vale decir: la mujer con las potencias terrígenas, y la Tierra, siempre Madre, con los atributos de la mujer. El amor es para mí un portentoso panteísmo. Fijarlo en el sexo, en las formas, en los simples accidentes de la naturaleza en constante evolución, ya es un común detalle. El amor es una ley genésica universal. No so'amente es amante el **hombre-macho** que se confía por entero a la mujer, sino el **macho-hombre** que se posesiona de la naturaleza.

“**Viajero del espacio, entre la sombra/mis caudas llevan estupor de siglos**”. Son dos versos del poema “Mujer-Naturaleza” de Germán Pardo García que se nos vienen en el breve hueco, sin muros, de una pauta a la memoria. Y volvemos a preguntar.

NOTE.—Hemos hablado del amor, pero hablemos usted ahora de esas **Islas con Sed** en que habitó. Hablemos de esas “**islas de una amargura que el equinoccio escala**”.

G. P. G.—No es posible aplicarle a mi trabajo poético una explicación exacta de ubicación, de cosa determinada y luego olvidada y después recordada, para llegar aquí a la consecuencia, más científica que filosófica, de que nuestro conocimiento no es sino el resultado de un

recuerdo, como dice Platón, es decir, un empirismo vital, como lo es el arte. Todo lo que aparece en las páginas de mis libros no es en suma sino la filtración de cosas remotísimas a través de las imágenes. Sus relaciones directas con determinadas fases del mundo, pudiera no ser otra cosa que una evolución de aquella angustia de la que ya hablé a usted, y que en un hombre introverso como yo, busca necesariamente unos cauces evasivos.

NORTE.—¿Qué es la poesía para usted?

G. P. G.—Razón de ser de mi vida. No imagino qué otra cosa hubiera podido ser yo, fuera de ser poeta. Pero le ruego comprender que para mí ser poeta es sintomático de acción arrolladora. La semántica de poesía, en griego, es creación. Por este aspecto, yo he sido un creador, en múltiples aspectos. He sido agricultor, y eso es creación. He sido atleta, y eso es desarrollar la forma humana hasta lograr armonía. He sido amansador de caballos, y eso es dar, a una criatura hermosa y brava, musicalidad de paso y elegancia de forma. He sido, y no se extrañe, agente de anuncios, y eso es acción, es decir, poesía. He fundado catorce revistas. Y eso es creación. En medio de ese brutal desbordamiento de actividad humana, un común denominador: la poesía. Ya en los umbrales de los setenta años, continúo siendo un hombre perfectamente afirmativo. **Toda pasividad me causa desdén y tremendo desencanto**. Yo suelo comprender inmediatamente la capacidad de un hombre para su acción cotidiana, por la energía del paso. Caballo u hombre, es para mí lo mismo. Le mido su fortaleza por su desplazamiento hacia adelante. Eso es para mí la poesía: la acción sin tregua.

NORTE.—¿Cree usted que habrá poesía, mientras exista una mujer hermosa, como se ha dicho, o mientras exista la Humanidad?

G. P. G.—El hecho de afirmar que habrá poesía mientras exista una mujer hermosa, es un frágil concepto romántico. La mujer no es sino uno de los puntales de la creación, admirable, digno de la naturaleza, pero en torno a ella existe el Universo, de la que ella misma forma parte. Yo diría que siempre habrá poesía, mientras exista el Universo.



NORTE.—¿Qué piensa usted de los poetas jóvenes y de su manera de enfrentarse a la poesía?

G. P. G.—Profundamente me inquieta este aspecto del mundo: el de la poesía escrita por los jóvenes. A pesar de que soy un anciano en poderosa actividad, eso sí, observo a diario con sumo interés la evolución de la poesía en la mente de los jóvenes. Es algo extraordinariamente complejo poder definirlo con certidumbre. Alcanzo, lo digo con cierta inquietud, a intuir un vago alejamiento de los jóvenes, de la poesía esencial. Quizá no sea únicamente de la poesía. Tal vez de la existencia misma. Acaso el hombre contemporáneo, con un excesivo peso de angustia sobre su espíritu, haya concluido por ver con hondo desencanto al hombre mismo, y, por consecuencia, los poetas jóvenes, sin que ello sea un fenómeno en que generalizarse pueda, tienden a no encarar los problemas humanos y a darles absolución exacta por medio de la poesía. La juventud de ahora puede ser causa de análisis de apasionante interés, como ninguna antes, porque corresponde a la evolución más desconcertante y grandiosa del mundo.

Querer decir algo justo, preciso, sobre la juventud, es algo tan temerario como querer fijar en una fórmula matemática definitiva la identidad de ciertos cuerpos remotísimos, a los que los físicos de hoy denominan los *quasars*.

NORTE.—¿Cree usted que la tecnocracia pueda ser un peligro para la actitud creadora del hombre?

G. P. G.—Por el contrario: La técnica es una de las maravillas de nuestro mundo presente. Yo mismo he trabajado ya dentro de la problemática de la Técnica. En mi más reciente libro encontrará usted poemas como "El Poeta-El Hombre", "Ruisenor", "Secuestro", y muchos más, que están creados por mí bajo la poderosa sugestión de la Técnica. Creo que *Apolo Thermidor*, ese libro, está inspirado casi todo por la técnica. El que lo lea con cuidado, encontrará en sus páginas: la poesía de la tecno.

... el poeta es la estatura máxima del Hombre
enfrentado a la vida y a la muerte.

NORTE.—¿Hacia dónde cree usted que va la poesía?

G. P. G.—Precursora de todos los descubrimientos contemporáneos, la poesía no va detrás de nada. Por el contrario, va adelante de todo, conducida por el genio más grande que el orbe ha producido: Albert Einstein. Pero advierta usted que como consecuencia, el poeta de hoy tiene forzosamente que ser un iniciado en los inescrutables procesos físico-matemáticos que rigen hoy al cosmos mediato y al inmediato, al tangible e intangible. El gran poeta de hoy es una repercusión remota de los grandes presocráticos, de los que la filosofía y la ciencia, más ésta que aquélla, continúan alimentándose. Yo, sin comprenderlo porque de ello son muy pocos los hombres que existen, voy tras de las huellas del más grande poeta de todos los siglos Albert Einstein. Algunas de sus ecuaciones, la nuclear, la primera, es todo un inmenso poema, lleno de magia, de poder, de asombro, de pavor.

NORTE.—Usted es un poeta en continuo estado de creación. ¿A qué cree que obedece esa actitud?

G. P. G.—Los poetas cósmicos alemanes. Lo he declarado siempre. En poetas como Holderlin, Morike, Schiller, halló mi espíritu lo que más le placía y aquello hacia lo que más se orientaba: el cosmos, vuelto místico por obra de aquellos líricos grandes como otros no existen en el mundo. Ellos me dieron el sentido de la musicalidad lejana, Novalis, especialmente, que alguna vez exclamó, apoyándose, quizá, en Pitágoras *Oigo el rodar de las esperas*.

NORTE.—¿Es la poesía un signo de juventud, de asombro ante la vida y sus misterios?

G. P. G.—La poesía no es signo de juventud ni de ancianidad. La poesía es en sí misma, como lo es la luz. Pero no la luz abstracta. La luz es materia. Einstein logró pesarla. La luz pesa. La poesía es eso: la luz con densidad de materia pesable y transfundible.

NORTE.—¿Por qué cree usted que las masas viven ajenas a la poesía?

G. P. G.—Las masas siempre han sido ajenas, parcialmente, al hondo misterio poético. Les roza la epidermis la poesía simple, que no ha evolucionado hacia las supremas perfecciones. No es éste un defecto de las masas: los sentidos humanos tienen una limitación que



asombra. Pero a medida que la neurona en los hombres superdotados logra una mayor sensibilidad, los acontecimientos de la belleza son cada vez más accesibles al hombre. Así como no es humano, ecuánime, pensar que el ser común entienda a los físicos-matemáticos, pero sí sepa los rudimentos de los números, así mismo es lógico admitir, que la auténtica poesía, la profunda, sólo es accesible a los iniciados, como en Grecia los oráculos de Delfos al hierofante. Por lo común los sentimientos de la bondad, del bien, de las llamadas virtudes cotidianas, están, en poesía, al alcance del hombre simple, sin iniciación alguna. Empero recuerde usted que con los mejores sentimientos del hombre se ha escrito la peor poesía del mundo.

NORTE.—¿Es la poesía un acto de origen divino o humano?

G. P. G.—Lejos de mi suponerle a cualquier acto humano, origen divino. Yo arranco, en lo modestamente científico que soy, del gran materialista Tales, hacia el año 600 antes de nuestra era. La poesía es un fenómeno material al que el super-hombre, porque el poeta es super-hombre, le insufla un soplo de misterio. De ahí a creer en divinidades hay distancias imprevisibles. Soy agnóstico por completo. Voy tras las huellas duras, pero exactas, de Lucrecio, continuador de Epicuro, de todo cuanto es cierto en la gran naturaleza.

NORTE.—Ha vuelto la primavera.

Se sabe, porque es más diáfana la plenitud de los ámbitos,

ha dicho usted ¿es la poesía una primavera perenne?

G. P. G.—La poesía marcha al unísono con los procesos naturales. Es una consecuencia de ellos. Todo lo que se relaciona con la Tierra, en suma, con el Cosmos, afecta a la poesía, porque ésta es su máxima expresión. Volvemos a los presocráticos, y a Platón: el arte es una prodigiosa experiencia de los sentidos, el recuerdo de algo que vimos más allá de otro recuerdo. (regresión).

Y aquí pusimos fin a nuestra plática con el poeta Germán Pardo García, hombre a quien todo le importa, hombre quien sigue a sus años ocupándose en cosas increíbles. Desde los más rudos quehaceres domésticos, hasta la aparición continua, en los extremos del universo

detectable, de formas apenas sospechadas. Poeta en suma que acaba de publicar un libro que son dos **Apolo Thermidor y Gavilán al destierro** de trescientas ochenta y cinco páginas y en el que se enfrenta poéticamente a todos y cada uno de los misterios. Este es pues el hombre, éste es el poeta candidato al Premio Nobel por Colombia, una especie de alquimista, de místico, de físico y de matemático —dentro de la luz de la poesía— del Siglo XX, señor de la angustia y la pluma y maestro en el difícil arte de escuchar la música de las esferas. Poeta que ha cantado toda su vida la angustia que sintió, cuando a los dos años de edad, lo abandonó su madre para siempre.

